

G

4137

ATENEEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA



DIRECCION Y ADMINISTRACION

27, CALLE DE SERRANO, 27

TELÉFONO NUM. 3.297

MADRID

TOMO XIII

NÚMERO I

JUNTA DE REDACCIÓN

PRESIDENTE: Segismundo Moret y Prendergast.

S. y J. Alvarez Quintero, Rafael Andrade, Manuel Antón, Gumersindo de Azcárate, Aureliano de Beruete, Adolfo Bonilla y San Martín, Infanta Paz de Borbón, Tomás Bretón, Julio Burell, José Canalejas, Conde de Casa-Segovia, Condesa del Castellá, José Echegaray, Arturo Farinelli, J. Fitzmaurice-Kelly, R. Foulché-Delbos, Eloy García de Quevedo, Edmundo González-Blanco, Rafael María Labra, José Marvá, Gabriel Maura, Marcelino Menéndez y Pelayo, A. Morel-Fatio, Conde de las Navas, Miguel de los Santos Olivares, Jacinto O. Picón, Julio Puyol, Santiago Ramón y Cajal, Blanca de los Ríos, José Rodríguez Carracido, Francisco Rodríguez Marín, Rafael Salillas, Amós Salvador, Joaquín Sorolla, Leonardo de Torres Quevedo, Rafael Ureña, Alfredo Vicenti, Práxedes Zancaja.

DIRECTOR: Mariano Miguel de Val y Samos.

SUMARIO

	Página
LA POESÍA ESPAÑOLA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA.—Miguel S. Oliver.....	5
LAS OBRAS DEL ARTE EN EL HIERRO.—Félix Navarro.....	16
EL DESCUBRIMIENTO DEL RETRATO AUTÉNTICO DE CERVANTES.—Alejandro Pidal.....	27
LO QUE DEBE SER LA JOTA (poesía).—Alberto Casañal Shakery.....	37
BUCÓLICA (poesía).—Antonio Andión.....	41

INFORMACIONES

HOMENAJE A LA INFANTA ISABEL.....	44
POLÍTICA.—V. A. L.....	47

EXTRANJERA:

La obra del Instituto Rockefeller de investigación médica.—Dr. J. A. Presno Bastiony.....	51
Un manifiesto del rey del libro.—Mariano Miguel de Val.....	55

FINANCIERA:

Los retiros obreros en Francia.—El algodón en 1911.—El Giro postal en Alemania.—La Hacienda de Noruega.....	59
---	----

BIBLIOGRÁFICA:

La razón cantada, poesías de D. José Pons Samper.—Adolfo Bonilla y San Martín.....	60
--	----

GRABADO

Mister James Carleton Young, el rey del libro.....	57
--	----

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA.—TARIFA DE ANUNCIOS

	Año. — Pesetas.	Número suelto. — Pesetas.	DIMENSIONES	Mes. — Pesetas.	Trimestre — Pesetas.	Semestre. — Pesetas.	Año. — Pesetas.
España.....	24	2,50	Plana.....	40	100	175	300
			Media plana.....	25	60	100	175
Extranjero.....	30	3	Cuarto.....	15	40	65	110
			Octavo.....	10	25	40	70

Los socios del Ateneo de Madrid disfrutan de un 50 por 100 de rebaja en todos los precios de la Revista.

En la Sección Bibliográfica se dará cuenta de todas las obras que se reciban por duplicado.

La correspondencia, á nombre del Director.

Las suscripciones, anuncios, pedidos y reclamaciones, en la

Dirección y Administración: Serrano, 27.—MADRID.—Teléfono 2.297.

Biblioteca ATENEO de Autores Españoles

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA DE ZARAGOZA (1908)

OBRAS CLÁSICAS * OBRAS MODERNAS * OBRAS REGIONALES

POESÍAS TEATRO NOVELAS ACTUALIDAD COSTUMBRES CRÍTICA CUENTOS

OBRAS PUBLICADAS

Los Sitios de Zaragoza, juzgados por los generales de hoy, franceses y españoles.—S. M. el Rey D. Alfonso XIII; generales López Domínguez, Primo de Rivera, Bonnal, Gallieni, Bazaine-Haiter, Azcárraga, Weyler, Polancka, Ochando, Luque, Martítegui, González Parrado, Echagüe, Suárez Inclán, Hore, Marvá y Madariaga. Ilustrado por el teniente coronel Ibáñez Marín. Retratos y autógrafos. (Edición de lujo.)—Precio: 10 pesetas.

Romancero de los Sitios de Zaragoza.—Fernández Shaw, Sancho, Gil, Cavestany, Larroder, Taboada, Berdo de Quirós, Enciso, Navas, García Redel, Cortines Murube, Valenzuela, Pomar, Fernández y González, Asa, Aquino, Guijarro, Rueda, Rey, Gill, González Amurrio, Val, Bonilla, Alonso, Rodao, Abellán y Sanval. Prólogo de Mariano Miguel de Val. Profusión de grabados. (Edición de lujo.)—Precio: 5 pesetas.

El placer de amar (novela).—Daniel López Orense.—Precio: 3 pesetas.

Cancionero (poesías).—Manuel de Sandoval, catedrático y correspondiente de la Real Academia Española.—Precio: 3,50 pesetas.

Silba de varia lección.—Función de desagavios en honor del insigne Lope de Rueda, desafortunadamente contenido en la edición que de sus *Obras* publicó la Real Academia Española, valiéndose de la péñola de don Nillio Cotarelo y Mori.—*El Bachiller Alonso de San Martín*.—Precio: 2 pesetas.

Homenaje á Federico Mistral.—Paul Révoil, Rubén Darío, Teodoro Llorente, Díez-Canedo, Fernández Shaw, Acheta, Machado, Mesa, Pérez de Ayala, Val y Bonilla.—Precio: 1,50 pesetas.

Los orígenes de la religión.—Edmundo González-Blanco.—Dos tomos.—Precio: 10 pesetas.

Educadores de nuestro Ejército.—Obra póstuma de José Ibáñez Marín. Prólogo del general de brigada Sr. D. Federico de Madariaga. Retratos, autógrafos, etc.—Precio: 4 pesetas.

La revolución y los intelectuales.—Ramiro de Maeztu.—Precio: 1 peseta.

Remanso de dolor (novela).—José García Mercadal.—Precio: 3,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Novelas escogidas.—Varios autores.

Estudios de crítica literaria.—Adolfo Bonilla y San Martín.

Biblioteca ATENEO de Autores Americanos

OBRAS PUBLICADAS

Poema del otoño y otros poemas.—Rubén Darío.—Precio: 3,50 pesetas.

El viaje á Nicaragua (prosa y verso).—Rubén Darío.—Precio: 4 pesetas.

EN PREPARACIÓN

De otros huertos (versiones).—Balbino Dávalos.

OBRAS ESPECIALES

Colección "Oro viejo,"

Contendrá reproducciones de joyas literarias clásicas hasta ahora casi desconocidas ó olvidadas. Las ediciones se ajustarán escrupulosamente á los textos más dignos de fe é irán precedidas de introducciones histórico-críticas.

DOBLÓN I.—**Entremeses del siglo XVII** atribuidos al Maestro *Tirso de Molina*, con una Epístola histórico-crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 250 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

DOBLÓN II.—**Vejámenes literarios**, por Jerónimo de Cáncer y Velasco y Anastasio Pantaleón de Ribera (siglo XVII), anotados y precedidos de una Advertencia histórico-crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 300 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

Nuestros grandes oradores

Esta colección se formará de pequeños volúmenes, cada uno de los cuales contendrá dos discursos escogidos, el retrato y el facsímil de uno de nuestros oradores insignes, tales como Castelar, Moret, Echegaray, Costa, Salmerón, Maura, Canalejas, Azcárate, etc.

I.—**Segismundo Moret.**—Propaganda liberal.—Precio: 2 pesetas.

Ediciones "Gran lujo,"

Tiradas especiales de importantes obras.

Alfonso XIII.—Rubén Darío.—Semblanza del Rey de España escrita para *La Nación*, de Buenos Aires. Edición de 200 ejemplares en 4.º mayor, papel inglés, y seis en papel Japón. Retratos de SS. MM. D. Alfonso, Doña Victoria y Doña María Cristina.—Precio: 5 pesetas.

Paz de Borbón.—Mariano Miguel de Val.—Semblanza.—(En preparación.)

Se admiten suscripciones á la Biblioteca, lo cual da derecho á recibir francos de porte los libros que se publiquen y á disfrutar un 25 por 100 de rebaja en el precio de cada tomo.

Dirección y Administración: Serrano, núm. 27.—MADRID.—Teléfono 2.297.

ATENE O

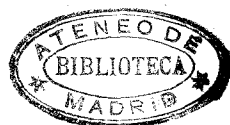
ATENEEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO DÉCIMOTERCERO

1912

ENERO-JUNIO



Director: MARIANO MIGUEL DE VAL

Redacción y Administración:

27, CALLE DE SERRANO, 27

Teléfono núm. 2.297.

MADRID

La poesía española y la Revolución francesa

X

En la cárcel, ó siguiendo tal vez á los fugitivos de la fracción girondina, hubo de sorprender á Marchena la noticia de la muerte de Marat. El mundo, oprimido, pareció respirar á sus anchas después de la caída del monstruo repugnante bajo el golpe libertador de Carlota Corday. Todavía la escoria parisiense tributó al infame maniático del exterminio una de aquellas pompas fúnebres planeadas por David, que eran á la vez una parodia artística y un escarnio moral de los triunfos y exequias dedicados por la antigüedad á sus claros varones y repúblicos. Pero la Europa, horrorizada, y cuantos franceses, amigos ó no de los principios de la Revolución, abrigaban un resto de generosidad y sentimiento, aclamaron á la virgen heroína como á un ángel salvador y benéfico que había venido á renovar el recuerdo de Juana de Arco y á contener, como ella, la disolución de la nacionalidad. El abate español conservó en medio de sus extravíos y apasionamientos un fondo de noble clemencia que le hizo prorrumpir esta vez en versos, si no fluidos, cuando menos, apasionados y vehementes, en loor de la hermosa tiranicida:

Salve, deidad sagrada;
tú del monstruo malvado libertaste
la Patria; tú vengaste á los humanos;
tú á la Francia enseñaste
cuál usa el alma libre de la espada
y cuál sabe inmolar á los tiranos.

.....
De tu pueblo infelice
sé deidad tutelar. ¡Oh! No permitas
que á la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay!, que en balde excitas
con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
el brazo que le libra. ¡Ay, que tan bello
heroísmo es perdido,
y pesa más el yugo aborrecido!

Que en las negras regiones
las Furias hieran con azote duro
del vil Marat el alma delincuente;
que en el Tártaro oscuro
sufra pena debida á sus acciones,
y del gusano eterno el crudo diente
roa el pecho ponzoñoso;
¿será por eso el pueblo más dichoso?

La libertad perdida,
¡ay!, mal se cobra: en pos de la anarquía
el despotismo sigue en trono de oro;
su carro triunfal guía
la soberbia opresión; la frente erguida,
va la desigualdad, y con desdoro

el pueblo envilecido
tira de su señor al carro uncido.
¡Oh diosa! Los auspicios
funestos, de la Francia tan lejanos;
torne la Libertad á nuestro suelo;
así, con puras manos,
los hombres libres gratos sacrificios
te ofrecerán, Carlota; tú del cielo
donde asistes, clemente,
protege siempre á la francesa gente.

Imposible resulta evitar el recuerdo de la elegía de Andrés Chénier al mismo asunto, por más que la oda de Marchena haya de quedar absolutamente eclipsada por las estancias impecables del divino poeta de Constantinopla. Ellas y los cuatro *Yambos* famosos son uno de los contados monumentos literarios que, con aire de eternidad y desafiando los siglos futuros, surgieron de entre las efímeras improvisaciones de la poesía revolucionaria. Gran humanista era Marchena, conocedor admirable de los autores latinos y traductor habilísimo, ya que no inspirado, de Lucrecio, cuyo sentido tumultuosamente pagano y naturalista le había contaminado hasta la medula y constituía el primer fondo de sus ideas filosóficas. Su dominio del latín podía llegar hasta la graciosa superchería del *Fragmentum Petronii*, en el cual amañó una escena del *Satyricon*, ofreciéndola á la credulidad de ciertos doctores alemanes como hallazgo paleográfico en un códice de la biblioteca de San Gall; pero sus facultades de poeta no estaban á la altura de estos conocimientos filológicos y de preceptista, ni podían rivalizar con el hechizo del cantor de los *Idilios* y de la *Jeune captive*, con el cual resucitaron, para cantar ideas y emociones contemporáneas, el secreto melódico y la dulzura láctea de los antiguos.

En prosa todavía más que en verso pagó Marchena tributo á los temas de la Revolución. De su pluma salieron multitud de documentos y proclamas destinados á extender la agitación en la Península, siguiendo las huellas del *Avis aux Espagnols*, de Condorcet. Adorador de la libertad, liberal de toda la vida, tuvo también su momento de *libertino*, en la acepción de franca impudencia antirreligiosa y ostentación afectada de satanismo crapuloso. Dícese que sobre la puerta de su casa en París había colocado la siguiente inscripción: *Ici l'on enseigne l'athéisme par principes*, y por las Memorias de Riouffe conocemos la parodia de religión ó culto de *Ibrascha* con que pretendieron distraer sus negros insomnios en las cárceles del Terror y exasperar á un pobre fraile que ocupaba el calabozo contiguo. Algo de eso persistiría en él en edad más avanzada, cuando Chateaubriand llegó á conocerlo, andando los años, en casa de Madame de Staël, y nos habla del aventurero español en las *Memorias de ultratumba* como de un «sabio inmundo y aborto lleno de talento».

Era muy pequeño, de figura ruin y cabeza desproporcionada, con nariz enorme y desgarrada boca, muy en consonancia con esos otros rasgos morales de descoco é insolencia agresiva que siempre le distinguieron. Puesto en liber-

tad después del 9 de Thermidor, la fortuna pareció sonreírle entonces y se le dió un puesto de poca importancia en el Comité de Salvación pública. Con Poulthier sacó á luz un nuevo periódico, *L'Ami des Lois*. Empiezan las disensiones de los thermidorianos, y Marchena no tarda en declararse enemigo furibundo de Tallien, Fréron y Legendre. Deja su destino, se abre para él una nueva era de persecuciones, y se le declara proscrito en 1795, después de la jornada del 5 de octubre. Piérdese su rastro por algún tiempo, y en 1797 se hace notar otra vez por su violenta oposición al Directorio, que le aplica la ley de 21 Floreal contra los sospechosos extranjeros, obligándole á salir del territorio de la República.

Nuevamente se decide á congraciarse con los que mandan, y algún tiempo después pide al Consejo de los Quinientos la confirmación de su ciudadanía francesa. Más adelante, no sólo obtiene esta declaración, sino también el nombramiento de oficial de Estado Mayor, á las órdenes de Moreau, en el ejército del Rhin, donde se distingue con notables trabajos de gabinete en 1801, acabando por ser el secretario y hombre de confianza de aquel general hasta su célebre proceso y caída en 1804. Entonces se declaró ardiente bonapartista y defensor del Imperio, y como secretario del gran duque de Berg, generalísimo de las tropas francesas, volvió á España en 1808, después de una ausencia de más de diez y seis años, llenos de vicisitudes y borrascas estupendas á través del mar proceloso de la Revolución. Esta parte de su agitada existencia es la que más negro recuerdo dejó entre nosotros, por ir asociado su nombre al del feroz verdugo del 2 de mayo. Frecuentó la tertulia de Quintana durante el período de indecisión y promiscuidad entre afrancesados y españoles netos que debía preceder á la batalla de Bailén, y allí le encuentra nuestro irascible Capmany, consignando en uno de sus folletos patrióticos estas palabras, rebosantes de saña: «Vi al renegado de Dios y de su patria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat.»

La Inquisición se acordó de que el abate había dejado alguna cuenta pendiente en los lejanos días de su emigración, y lo hizo detener *pro formula*, como fueron casi todas las causas de aquellos años. Murat envió á las cárceles del Tribunal una compañía de granaderos que á viva fuerza se incautaron del detenido. Entonces compuso Marchena un epigrama enrevesado é insubstancial contra el coloso que «nació del cieno de Flegeton, y mamó la ponzoña de Megera, y bebió el azufre de Aquerón»; epigrama que no parece de la misma mano que compuso el dedicado al ministro Urquijo con motivo de su traducción de *La mort de César*, tragedia de Voltaire:

Ayer en una fonda disputaban,
de la chusma que dramas escribía,
cuál de entre todos el peor sería.
Unos, «Moncín»; «Comella», otros gritaban.
«El más malo de todos—uno dijo—
es Voltaire traducido por Urquijo.»

El Rey José nombróle director de la *Gaceta* y archivero del Ministerio de la Gobernación y le indicó para formar parte de la magna Academia é Instituto que no llegó á organizar. Concedióle también una subvención para que tradujera á Molière, lo que hizo por completo, si bien no se conservan de esta traducción más que *El hipócrita* (*Tartuffe*) y *La escuela de las mujeres*. También tradujo, con el título de *El amigo de los hombres*, la obra á la que debió su celebridad poética el revolucionario Fabre d'Eglantine, ó sea el *Philinte*. Acompañó en su viaje á Andalucía al monarca intruso, y, tomando la guerra peninsular el aspecto que saben los lectores, siguió al ejército francés en su paulatina retirada. Durante su estancia en Valencia solía concurrir de tertulia á la librería de Faulí. Sus opiniones radicalísimas á menudo escandalizaban á los mismos afrancesados de la reunión, entre los cuales se contaban Meléndez y Moratín. Un día observó Faulí que Marchena leía un libro sobado y mugriento: era la *Guía de pecadores*, de Fr. Luis de Granada. Después supo que este libro no le había dejado un instante en los días de la Revolución, ni siguiendo á los girondinos, ni en los calabozos de la Conserjería, ni en los campamentos de Alemania.

XI

Estábase reservada todavía al girondino andaluz otra serie de penalidades sin cuento en el período que medió entre 1814 y 1820. Tales fueron los años de su forzada expatriación, común á los demás afrancesados. Nimes, Montpellier y Burdeos conocieron su miseria y necesidad, que procuraba remediar con trabajos editoriales y traducciones de Voltaire, Rousseau y casi todos los precursores de la Revolución francesa. Su nativa intemperancia no dejó de comprometerlo alguna vez, con peligro de su seguridad y aun de su vida, pues, según nos cuenta Moratín en una de sus cartas, llegó en Nimes á desafiar é insultar á todo un cuerpo de guardia, por lo que le pusieron preso y se le sometió á Consejo de guerra.

La turbulencia de su espíritu sufrió con el tiempo la natural sedimentación, y de sus ardores militantes y del frenesí con que había abrazado la causa de los revolucionarios de París, pasó á juicios, ya que no á conducta, de mayor sensatez y discreción sobre el mismo acontecimiento que le había trastornado y arrebatado en las mocedades:

Tal la Revolución francesa ha sido
cual tormenta que inunda las campañas,
los frutos arrancando del ejido;

empero el despotismo las entrañas
deseca de la tierra donde habita,
cual el volcán que hierve en las montañas.
.....

Así en Milton los monstruos del abismo
devoran con rabioso, ávido diente
de quien les diera el ser el seno mismo.

Corresponden estos tercetos á la *Epístola sobre la libertad política*, dedicada al geómetra español D. José Lanz, á quien, junto con el canario Betancurt, se considera como creador de una ciencia nueva, la Cinemática, expuesta principalmente en la obra que titularon *Essai sur la composition des machines*, y que sirvió de texto por muchos años en la Politécnica de París. Y con esto puede decirse que enmudece no sólo la musa revolucionaria de Marchena, sino el eco general que la gran conmoción había despertado en la poesía española. El movimiento de 1820, iniciado por Riego y Quiroga en las Cabezas de San Juan, abrió las puertas de la repatriación á los afrancesados, y entre ellos volvió á España, como el más señalado de todos, el humanista de Utrera, pasando á vivir en Sevilla, á la cual escandalizó de nuevo en su vejez, como la había escandalizado en su juventud, con la impiedad que cínicamente afectaba y el radicalismo violento de que hacía ostentación, mofándose de la mojiganga liberal española según podía hacerlo quien había visto revoluciones de verdad y había tomado parte en sus violencias y crímenes. En la Sociedad Patriótica, de Sevilla, en la cual entró como miembro de honor, fué causa de una excisión ó disidencia de los liberales mismos, dando lugar á una enconadísima polémica entre los adictos y adversarios del general O'Donjú, que determinó la expulsión del impertinente propagandista.

El medio se le hizo completamente hostil, y se trasladó á la corte á últimos de 1820, cuando le restaban ya pocos meses de vida. Acogido en casa de Mac-Crohon, no tuvo alientos para frecuentar la Fontana de Oro ni subir á su tribuna, convertidas en recuerdo lejano del Club de los Jacobinos. No consta la fecha precisa de la muerte de Marchena; pero debió de ocurrir en febrero de 1821. Parece que se le dió sepultura eclesiástica y se celebraron en la parroquia de Santa Cruz funerales costeados por el mismo amigo que acababa de ofrecerle hospitalidad, y muchos de sus contemporáneos aseguran su conversión. «El viento de la incredulidad — dice Menéndez —, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, en quien todo fué violento y extremado, inutilizaron en él admirables cualidades nativas, y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fatuo (¡semejante ¡ay! á tantas brillanteces meridionales!), algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo, mucho más triste, de su influencia diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno.» No lo he visto recogido por ninguno de sus biógrafos, ni aun por el insigne y siempre completo é irreprochable que acabo de citar; pero creo que á Marchena se refiere este soneto de Solís, el muy letrado apuntador del teatro de la Cruz:

Dicen que eres mudable, don Pepito,
que fuiste de Manolo cortesano,

soneteruelo del francés tirano
y de sus odres perennal mosquito.

Que, mudando de altar, de culto y rito,
fuiste tras esto *maratista* insano;
y, para postres, del Nerón hispano
semanalmente adulador contrito.

Pero no dicen bien, el pueblo miente,
ni menos hay razón porque afrentando
te esté, y traidor y apóstata te llame.

Antes en eso mismo que insolente
te echa Madrid en cara, estás mostrando
cuán firme has sido siempre en ser infame.

Aquí podríamos dar por terminada la incursión en el campo de nuestra poesía coetánea de la Revolución francesa. Con lo visto y extractado puede formarse el lector idea completa del eco literario que despertó en España aquella catástrofe inaudita, y corroborar la afirmación que insinué al principio, á saber: que ese eco fué de reprobación terminante para los excesos y crímenes del 93, de diatriba y vilipendio para sus autores, aun viniendo de poetas del bando reformador, liberal y afrancesado de aquellas fechas, con la sola excepción que se ha visto y alguna otra que ya no pertenece al dominio de la literatura propiamente tal, sino á la producción clandestina y pasquinaria. De este género son diversas traducciones y adaptaciones pedestres de los más conocidos himnos revolucionarios, obra de algún emigrado de la frontera, como, por ejemplo, las *canciones carmañolas* que añadió Picornell, jefe de la conspiración *del cerrillo de San Blas*, á uno de sus folletos de propaganda.

Fuera de esto, quedarían tan sólo por espigar las notas pintorescas y de costumbres que saltan de vez en cuando en la poesía festiva ó en los versos de circunstancias de copleros mucho más oscuros que los nombres citados hasta ahora. Como muestra de lo primero puede citarse un soneto de González Carvajal, más conocido después, del 14 al 30, como político que como escritor. Satiriza el abandono del traje nacional en España en dicha composición, que lleva por título: *Cuando se comenzaron á usar los pantalones*:

Tiene Beltrán Claquín unos calzones
con que se cubren desde los sobacos
pecho, cintura, vientre y muslos flacos
hasta las pantorrillas y talones.

¿Quién podrá concertar las opiniones
de tanta variedad de currutacos,
unos de grande talla, otros retacos,
unos de largo pelo, otros pelones?

Cada uno, según su cuerpo y talla,
dar la ley quiere en gala y en arreo
á los demás, con tal que no se hable

en casa, en la tertulia, en el paseo,
en el café, en la iglesia ni en la calle
quien vaya más ridículo y más feo.

Rasgos y burlas de este mismo género ofrecen muchas letrillas y jácaras que solían publicar entonces los periódicos, y especialmente el *Diario de Barcelona*, cuyos principales abastecedores eran Guerrero y Pablo Tresserra. La moda resultaba más fuerte que la pasión nacional y política, y apenas causaba extrañeza el contrasentido en que incurrían lechuguinos y lechuguinas adoptando trajes, prendas y peinados que significaban un verdadero tributo al Terror y sus hombres, no obstante la repulsión que merecieron á la inmensa mayoría de la sociedad española. El sombrero de ala abatida y gran penacho, de los convencionales; el cabello corto y lacio, de los jacobinos; las patillas, los gorros de la libertad, todo va apareciendo en Madrid y Barcelona, á juzgar por esos comentarios de los copleros de tanda. El 22 de julio del 94 (coincidiendo, poco más ó menos, con la caída de Robespierre) la letrilla del *Diario* nos habla de las nuevas casacas de talla alto y luengos faldones, que han venido á simbolizar después la moda masculina del Directorio:

A la *Andrómaca* el sombrero
se ha de montar, que es preciso
la extravagancia en los hombres
que á galanes se dedican.

De primer necesidad
se juzgan hoy las *patillas*,
hasta parecer cocheros,
que la cosa en esto estriba.

Otras veces se refiere á la moda femenina, que se apresura á adoptar la novedad de París, y se peina á *la víctima*, ó bautiza la manteleta que las damiselas ajustan á su cuello con el nombre del aparato lúgubre que horrorizaba al mundo desde hacía dos años:

Tras de esta evidente ruina,
¿quién le podrá tolerar
que al pañuelo quiera dar
título de *guillotina*?

.....
¿Y del *gorro* qué diremos
que llama *de libertad*?

No menos frecuentes eran los versos estrafalarios, descosidos y chabacanos, propios para el gusto de lectores de portal, que, con pretensiones de sá-

tira ó imitando el estilo de las *décimas disparatadas*, aludían á los sucesos y los personajes de la Revolución en forma incoherente, con bárbaro atropello ortográfico de apellidos y revuelta confusión de especies, tal como había de retoñar más adelante en la literatura infamatoria contra Napoleón y *Pepe Botellas*. Sirvan de ejemplo las transcripciones siguientes (*Diario* del 20 de abril de 1793):

Pelletier vió en el infierno,
en donde hace poco entró,
á *Volter* y *Mirabó*
trazando un nuevo gobierno.

.....
Aquí os faltan, en verdad,
Pétion y Manuel, dos gatos
que paguen sus malos tratos,
y *Monsiur de Egalité*
sus injusticias...

.....
A Custine, Lucifer llamaba
á son de trompeta,
á Valence y *Lafayeta*,
á Marat y *Dumurier*.

.....
Y todos con gran tropel
bailaron hasta que él
hizo tocar el *ça-ira*.

XII

No eran solamente castellanas las composiciones que solía publicar el *Diario de Barcelona* en aquellos años y relacionadas con aquellos sucesos. Ciudad cosmopolita la nuestra, y centro de actividad ó refugio para los extranjeros, ya entonces se refleja esta condición en las páginas del periódico, abiertas á menudo á los idiomas extraños, sobre todo el de Italia, que tenía á su favor la influencia incontrastable de la ópera. Así, por ejemplo, y para no citar más que un caso, cuando se organiza la escuadra al mando del almirante Borja, un poeta anónimo le dirige su saludo en versos ardientes y le exhorta que ponga fin á la galicana impiedad:

Va, forte ispano, e dei tuoi bronzi al suono
alla franca impietade intima il fine;
eccola gia tremar delle vicine
ibere antenne al formidabil tuono.

Di sangue Augusto ancor fumante il trono
dei templi e degli altari le ruine,
le humane legge infracte e le divine,
teco, ministro di vendetta, sono...

Otras veces publicaban los diarios lamentaciones ó desahogos debidos á la pluma de algún clérigo francés refugiado en Barcelona. Más de 7.000, cerca de 8.000 sacerdotes refractarios habían penetrado en España desde mediados de 1792, esparciéndose por distintas diócesis, llenando los conventos y los palacios episcopales, viviendo en la mayor estrechez, famélicos, desnudos y despojados de toda obvención, acogidos por la piedad de los españoles, pero sujetos á las vacilaciones de una política que aquí vigilaba y molestaba como sospechosos á los mismos que fueron arrojados del territorio de la República por no prestar á la Constitución civil del clero un juramento que consideraban apostático. De los peligros y penalidades que tan heroicamente soportaron había de quedar algún rastro en las letras.

Muchos buscaron en el estudio y la meditación un consuelo para sus desventuras; no pocos, iniciados ya en el conocimiento de la lengua castellana, leyeron sus grandes obras ascéticas. El canónigo Fremont d'Angers, por ejemplo, profundiza en las páginas de Santa Teresa; el abate Remard se enamora, mediante una traducción castellana, de un libro apologético del portugués Almeida, y lo traduce al francés; el P. Fontenelle, del Oratorio, compone una *Histoire de la littérature espagnole* y pone también en versos franceses los himnos de Prudencio, que tan de cerca habían de recordarle las persecuciones de su propia Iglesia galicana. Oscuros y modestos versificadores tratan de imitarle, y en un latín tosco y austero, propio de los tiempos de proscripción y adecuado á las *acta martyrum* de todas las épocas, exhalan su dolor y espanto, consignan su firmeza, sellan su fe. De este género es la composición, debida á un sacerdote octogenario, que circula manuscrita profusamente y que recoge el *Diario* el 11 de abril del 93 con el título de *In gallicam libertatem*:

Non bene pro toto libertas venditur auro;
Gallica nec dono suspicienda foret.
Omnes Europae Reges vocat illa tyrannos;
Regibus at cunctis durior illa regit.
Cuncta licent: furtum, strages, cladesque cruentae,
Dum scelus omne licet, non licet esse bonum.
.....
Contemnit sacras aras, Divosque, Deumque:
Mars, Venus et Bacchus numina sola sibi.
Omnis Virgo sacrata Deo, Dominique Sacerdos
Aris sunt atris victima grata suis.
.....
Aequales omnes, ast hoc dicrimine tantum
Injusti regnant, dum bonus opprimitur.
Mundo nec similis visa est, nec habere sequentem
Barbaries; similis solus avernis erit.

Esta desolación de espíritu del levita anciano, que llora sobre las ruinas del templo y sobre el ara de los sacrificios, profanadas y manchadas con la sangre de sus hermanos; esta tragedia de la emigración, que por más de once

años tuvo ausentes de sus diócesis, de sus catedrales y de sus parroquias á los prelados más ilustres, á los rectores más celosos, á los miembros más gloriosos del clero francés, á muchos de los que habían llevado su representación en los Estados Generales de 1789, esforzándose en la defensa popular y en la vía de las abnegaciones y renunciaciones generosas, que tuvo por expresión la noche inolvidable del 4 de agosto; este espectáculo, repito, capaz de emocionar á un verdadero poeta, apenas halló eco en España ni dejó rastro en las letras de entonces.

Y ¿á quién se diría que hubo de corresponder el mérito de haber adivinado dicho asunto, ya que tan lejos quedó de realizarlo dignamente? A un ingenio especial y casi analfabeto, ramplón y bilingüe, cuyo nombre en las historias literarias suele ir enlazado con los orígenes del moderno teatro catalán, de la misma suerte que el batihoja Lope de Rueda figura en los del teatro castellano: á José Robreño, actor y autor de entremeses de la más burda estofa, con introducción de tipos populares y grotescos, en lenguaje chabacano y fronterizo, y también á ratos proveedor de ciegos con sus romances y obrillas de cordel. En las *Obras poéticas ó Poesías sueltas*, publicadas por Olivares en 1855, figuran dos composiciones, titulada la primera: *Quejas amargas de un eclesiástico refugiado en el extinguido convento de Santa María de Jesús, extramuros de Barcelona*; y la segunda: *Del mismo sacerdote, puesto á los pies de Jesucristo*. De la mausedumbre y pedestre entonación de dichas *Quejas amargas* darán idea las décimas siguientes:

¡Ay de ti, mísera Francia!
Con justa causa diré:
¡Cuán diferente se ve
mi juventud de mi infancia!
¿Cómo en tan corta distancia
has mudado en herejía,
la piedad en villanía,
la caridad en furor,
el Evangelio en error
y el amor en tiranía?

.....
Veo á todo noble ahorcado,
perdiendo por Dios la vida;
la religión destruída,
el sacerdocio ultrajado,
el monarca degollado,
sin mediar más circunstancia
que una infernal petulancia
de libertad; ¡y seré
tan mudo que no diré:
ay de ti, mísera Francia?

En esta lamentación interminable y llena de repeticiones y tautologías, donde no falta la imagen del monstruo revolucionario ni la cita de Voltaire, se adivina el destino de la composición, que seguramente fué salmodiada por

ciegos y vendedores en el corro de las plazas de pueblo para hacer llorar á las comadres, alternando con otras letrillas y romances del mismo tema en catalán. Porque también en el catalán descompuesto de las postrimerías de aquel siglo tuvo su resonancia, aunque muy débil y puramente callejera, la Revolución famosa. En el mismo *Diario* se encuentran algunas muestras, que ofrecen el lenguaje descolorido y castellanizado propio de un momento en que parecía consumarse su extinción definitiva. Así es, por ejemplo, un soneto á *La presa de Bella-Guarda* que lo mismo puede reputarse escrito en castellano que en catalán, pues el vocabulario y la sintaxis son coincidentes, y no le lleva mucha ventaja esta décima, aparecida el 9 de julio del 93 y que sintetiza todo el género:

Lo Gall francés ha quedat
plomat tot menos les ales,
ab qual fuig lluny de les bales
sempre que s' veu atacat.
Bella-Guarda s' ha entregat;
lo Roselló está aturdit;
y per mes qu' alça lo crit,
fins á Paris, Perpinyá,
l' Assamblea allí s' está
com si un llamp l' hagués ferit.

Tal fué, en conjunto y seguida desde sus manifestaciones más elevadas á las más vulgares y toscas, la repercusión de la catástrofe francesa en la poesía española de fines del siglo XVIII. Como advertí al principio de este trabajo, ninguna de las inspiraciones á que dió origen corresponde á la grandeza del asunto, así se trate de glorificar la Revolución, como de execrarla y maldecirla poéticamente. Ninguna de esas obras figura ni figurará por derecho propio en las antologías ó selecciones que custodian y perpetúan el residuo vital y permanente de una cultura y un idioma. Todo ha muerto ya en definitiva para el interés literario y para la admiración del lector atraído tan sólo por el deleite estético. Pero esas hojas secas de la flora poética de antaño, si perdieron su perfume y lozanía, conservan un interés histórico en cuanto á documentos ó signos del espíritu nacional contemporáneo. La Revolución, su filosofía, sus principios y sus esperanzas pudieron tener, y tuvieron, en efecto, partidarios y admiradores. Las consecuencias de ese cataclismo, es decir, el Terror y sus crímenes y locuras inauditas, no hallaron más que un grito unánime de execración en la conciencia española.

Miguel S. Oliver.

Las obras del arte en el hierro

Et Verbum caro factum est.

Permítaseme abandonar el académico «nos», proclamando antes reconocer que todo transmisor humano de ideas no está solo, y semeja en su «funcionar», si lleva bastante luz, á un arco voltaico, con corrientes indispensables, ya procedan de recuerdos más ó menos asimilados de precedentes sabios, ya de inspiración coetánea. Es, por tanto, lógica la costumbre del usual «nos»; y si de ella por excepción me separo, es por creerlo conveniente á la índole del asunto según lo concibo.

Por la fuerza del pensar para este caso surgieron como fosforesciendo ante la mente miles de imágenes de hierros, nubes de metralla de clavazón, ejércitos de barras, legiones de rejas, cerraduras, construcciones enteras, tinglados completos, entramados de toda clase, y todo en tan terrible número y complejidad amenazadora de envolverme en infranqueable prisión, que, antes de dejar ceñir más el férreo círculo, dije para mí: «¡Alas, ¿para qué os quiero? ¡Arriba! ¡Arriba!...» Y no paré hasta hallarme con la imaginación en una benévola asamblea de ilustres hombres, maestros de todo saber, y que me sonreían simpáticamente por mis esfuerzos en hallar y difundir la verdad. Adelantóseme al llegar el amable doctor Linneo, diciéndome: «Ya veo lo que traes; no necesitas hablar. Tú quieres clasificar y entender, para decirlo en Madrid, lo que es el mundo de lo artístico siderúrgico; ¿no es eso? Recuerda lo que aprendiste indirectamente de mis escritos en el Instituto de Zaragoza.» «¿Te refieres—repuse yo—á tu sintética fórmula del sistema de la Naturaleza? Aún me acuerdo: *Mineralia crescunt; Vegetabilia crescunt et vivunt; Animalia crescunt, vivunt, sentiunt...*» «Perfectamente... No necesitas más para dominar toda esa maraña de cosas que en confusión se te venía encima.»

Iba yo á darle gracias (al uso terrestre); pero ya se había retirado, y vi, en cambio, delante de mí á un artista griego, siempre joven y expansivo, que con la mayor familiaridad me dijo: «Oye, español amigo: di también en Madrid, como sepas, que eso de la telegrafía sin hilos ya lo sabíamos en Atenas; porque de toda obra hecha fluye su idea creadora para quien es receptivo, aunque quien traiga ó lleve la tal obra no se dé cuenta de ello. Las dos «estaciones», al decir vuestro, han de estar á temple simpático, y ni el tiempo ni el espacio ni la ignorancia intermedia impiden que el emisor haga vibrar al receptor.»

Borráronseme las figuras asesoras, y vi que, en efecto, la del sueco ilustre y la del simpático anónimo griego me ponían en mis manos dos verdaderos reóforos racionales de los cuales pudiera brotar luz, si «se me daba corriente» y yo ponía de mi parte la atención y cuidado necesarios.

Hay, en efecto, también en lo siderúrgico, mundo ideado y producido de continuo por el hombre á semejanza del mundo de la Historia Natural, un

reino... del sencillo *crescunt*, del formar masa, volumen geométrico constructivo, y, al parecer, como lo mineral, sin vida ó arte; porque el hombre trabajó como inconsciente, al modo del coral de los mares, laborando día y noche, y con enorme cúmulo de altos hornos, y martinets, y fraguas, y trenes laminadores, sin sospechar siquiera, en el afán de ir viviendo la pequeña vida individual, la grande, la inmensa del Ideal que todo impulsa.

Muchos sabemos ya que los cristales mineralógicos *viven*. Rota una esquina de uno y sumergido en su agua madre, repone la lesión y alcanza de nuevo la plenitud de su tipo, como si se hubiera cortado parte de un animal, cuyos tejidos se reponen.

La producción de barras, chapas, clavos, alambres, es la del *crescunt*...; pero el Ideal «cristaliza» también en todo ello, con lo geométrico más conveniente, en perfiles cuadrados, rectángulos y laminares, redondos..., según para qué objeto; en secciones á veces poligonales, y aun para extremar la inflexibilidad, en cortes triangulares de cóncavas caras; y así se van haciendo barras y barras, dándose el caso de que las más transcendentales en transmitir la civilización ó cristianismo, que es cohesión de pueblos y gentes, los perfiles corrientes repiten la **I**, ó la **T**, ó la **Γ**, gama divina en los hierros de escuadra, de los cuales al armar surgen las **X**, y el *triángulo* invariable y la cruz y sus emblemas triunfan por todas partes sin que el mundo práctico lo sospeche. El utiliza lo que necesita, y nada más; pero quien persiga la *inmutabilidad*, ya en lo geométrico, ya en lo cohesivo mecánico, tiene que parar en el *triángulo*, porque Dios está en todo lo creado y por crear, y una lógica soberana lo domina todo.

En los hierros del tipo *crescunt* no es el arte muy consciente; pero *existe*. Ved si no ciertas obras de las más vulgares, dejando aparte las de vigas, celosías y estructuras firmes, que proclaman el *secreto* de su firmeza en lo más íntimo de su idea generadora ó en lo usual de sus lógicos armados. Veamos, por ejemplo, un antepecho elemental: dos traviesas y unos barrotes de cuadradillo espaciados á menos del pasar de un niño. ¿Hay allí arte? Lo hay. ¿Por qué esta ideación prevalece así? Por esto: una vertical moderada de dimensión es la *condensada figura de un hombre*. Muchas juntas y ordenadas son un ejército; y si se dedican á la custodia de la persona efectiva, *ellos*, los *virotillos*, resultan guardia de custodia y honor, y el hombre, servido por la propia obra de su razón y de sus manos, un *soberano*, y como el ser inteligente *lo es*, esa obra lógica y sencilla es reveladora de lo *esencial*, tiene algo del *Dios Hijo* ó *manifestador del Padre*. Más aún en esta región del *crescunt* constructivo. El balcón vulgar español suele tener, además de los barrotillos, un rodapié ó rodeapié, propuesto para defender el pudor de las mujeres, dándose idea de que el *honor vale lo que la vida*, por lo menos, porque de uno y de otra se cuida lo mismo nuestra cultura; y el rodapié llámase *greca* porque así se llama el dórico invento de un adorno con línea *expresiva* de la *virtud*, por ser de curso accidentado, pero sin perder jamás su ley *la rectitud*; y aun ese nombre de *greca*, por inspiración de nuestro idioma, se da aun cuando la faja del

rodapié se haga con flores y curvas que recuerden hasta la material ondulación de los vestidos de mujer y las delicadas terminaciones con que la dignidad humana se complace al idearlos. Hay, pues, en esas cosas elementales *racionalidad bella*.

Artística ó cristiana; como quiera llamársela. Y es imprescindible que la haya en todo producto, aun de los tenidos por *industriales* ó prácticos, si ha de prevalecer en lo social humano. Ved, por ejemplo, afine de lo anterior, una sencilla jaula de canario. Será de alambres *redondos* y de formas curvas, porque lo redondo y lo curvo recuerdan la *vida* con que armonizan, y por *entre lo redondo* han de pasar los cantos y los mimos del trovadorcillo y de su dueña, porque allí se le retiene por el deleite natural de contemplar criaturas candorosas, bellas y que sacien un poco siquiera nuestra sed de armonía. Quien hiciese para un canario envoltura prismática con barras de cuadradillo... ¡sería un bárbaro! Luego hay *arte* ó vencimiento de la tal barbarie en la sencilla jaulita cilíndrica y con su cupulita semiesférica. Ved, en cambio, una reja de cárcel... Su tipo pertinente es de barrotes cuadrados y de cuadrícula. Los barrotes verticales son inflexibles soldados, firmes y trabados por terrible igualdad como la ordenanza y como la muerte. Tantos ángulos rectos, tanto recuerdo de la *rectitud* es terrible admonición al triste á quien su poco de cielo se le muestra *cuadrículado*, con la figura simbólica de lo *firme*, allí recordatorio de la fuerza de tantas almas opuestas á la suya. El arte allí llega á la expresión *trágica*, y aún no ha salido de lo más elemental. El horror de esta composición es inductor en cierto modo hacia el bien, por cuanto repugna á nuestro sentimiento de dignidad de soberanos ó libres este trato como de bestia fiera. ¿Procedería adornar, tornear siquiera esos barrotes? Tanto como poner cascabeles al luto de la viuda ó de los pobres huerfanillos. Ved, pues, cómo lo *congruente* con la ley de unidad esencial se revela en ello. Ciertas cosas no deben ser sino austeras, y *en eso* está su arte. Sin salir apenas del tipo *crescunt*, se han ideado alambreras modernas, cada vez con más idealidad de mosaicos geométricos, más ó menos vibrados en algunos de sus lados, y á ese tipo también corresponden casi todas las cancelas de casas andaluzas, que reproducen con flejes de canto las líneas *fundamentales* de los cuajados de dibujos arabescos. En verdad, el orden y la regularidad rítmica, con dimensiones proporcionadas, suelen bastar para armonizar con nuestra inmanente intuición de lo *Eterno*, de lo racional, en casi todos los casos de accesorios de herrajes constructivos.

Nótese que lo *meramente útil* para una resistente limitación *no bastaría*. Cualquier contravención á la ley de idealidad, siquiera la hayamos formulado como un mero paralelismo de verticales, nos es lesiva. La obra puede ser sencilla; pero *bárbara* no es tolerable.

Tras del tipo del reino *crescunt* y de sus transiciones en sentido vital más acentuado, viene el ya más suave y gracioso reino del *crescunt et vivunt*, de cierta ideal vegetación propia del hierro en el Arte. Las verjas de una capilla á la Virgen acaban en flores; el recerco de un panteón parece entretejido con

cardos ó espinos; un monumento heroico tiene verja como de ideales laureles; y todo ello ordenado, rítmico, inmóvil... Pero, además de esas repercusiones de lo natural, se da en las obras del *reino del crecer y del vivir* otro modo ya más idealizado: los hierros doblados, arrollados, hendidos en pencas rizadas, barrotes de eje recto, pero torneados en mórbidas curvas... Todo eso arguye proyección de la *fase vegetativa del hombre*, que en sí lleva los tres reinos de la Naturaleza, con lo suyo esencial del espíritu angélico ó de racionalidad.

En este reino segundo se exhibe *lo más* de lo producido como *artístico* en el hierro sin grandes esfuerzos de alma hacia el ideal. Cierta dulce pasividad en lo artístico basta para sentir el deleite de alternar cada clavo de reja ó balcón con una trepadora ideal, reflejo de nuestro amor por la tranquilidad vegetativa, complemento de la animalidad tan agitada. Nosotros, bien *dormidos*, resultamos como *vegetales*, en que la vida funciona con reposo. Como el hombre requiere el sueño, su arte tranquilo exige lo *vegetativo* indicado. Lo vegetal se *esclaviza* ó se domina sin violencia, porque su esencia no es lo libre y lo voluntario. De ahí que para lo *adjetivo*, para el *adorno*, para lo accesorio grato, sea lo más practicado y conveniente, y siempre sin perder de vista la fundamental idealidad de lo bello. El solo naturalismo pintoresco no es admisible en la congruencia con lo arquitectónico, en lo cual no se toleraría un cierre de *mera fronda vegetativa*, por perfecta que fuese la reproducción de casuales accidentes. Aun para algo aproximado deberían quedar claras ciertas directrices ideales, dentro de las cuales pudiera componerse con relativa libertad, semejante á la de la vida, sujeta á más razón y ley de lo que al ligero examen parezca.

Imposible ocuparnos de la enorme diferenciación de obras de las producidas en ese segundo reino de lo siderúrgico, en las que hay no pocas bellas, y á las que pertenece *la casi totalidad* de lo que hoy se hace por todos los arquitectos.

El reinodel *crescunt, vivunt et sentiunt* es ya en lo siderúrgico el de las obras *más intensamente artísticas*.

Sobre todo, la proyección del sentir metafísico en el *metal*, en el *meta allos*, en *el alma de lo otro*, ó de la piedra ó mena; fundir en ella, y con relativa perennidad, lo esencial de la nuestra, es dar prueba de nuestro poder creador.

De estas obras las hay en España de intensísima espiritualidad, y merece la pena de revisar algunas.

Observad de paso que el reino *crescunt* representa como un *género neutro* de sexualidad. El reino *crescunt et vivunt* es más bien una *moda* artística que por decoro y elegancia se siga. El Arte, aun siendo *Apolo*, es joven, sano, adolescente, todavía sin barba, y más bien con aspecto de joven dama con los hermosos cabellos de gloria deliciosa anudados sobre la frente y la ideal mirada aún inexpresiva. Su candor es tal, que, cual inocente niño, muestra sin impudor su hermosa desnudez en todo y por todo. Todo está aparente. Hasta ahí ha llegado lo académico, lo heredado y correcto, lo elegante, *la moda*, lo del artista de *dos terminaciones*, en cuanto aún es *ella*, con sus encantos indiscutibles... ¿Me habéis entendido?

¿No es verdad que el Apolo, con su cuerpo hermoso y su sexualidad de efebo, tiene aún mucho de joven *señora?*... Pero vayamos á nuestro español *plus ultra*, al reino siderúrgico *número uno*, porque aquí lo postrero es y será lo *primero* por derecho. El Apolo llegó y pasó algo de los tres dieces de años. Muéstrase con hermoso cabello peinado en simetría y con sus hebras de luz cayendo en suaves rizos á la tierra para que se ilumine ó redima. El Apolo es ya Jesús, de barba llena, aunque no ruda, rostro de inteligencia y dulzura celestial, ojos ya no cerrados por la materia plástica ú opaca, sino azules como el cielo mismo. Vémosle con *ropaje* ocultador de la hermosura interior del cuerpo apolino. Ya no obra según *moda*; su arte es el *modo* varonil por excelencia; la espiritualidad profunda es tanta, que es ya imposible exponerla sin veladura externa, como la luz más viva. El Cristo *es orador*, maestro de la pura doctrina, hecho sol de la vida, y en medio de nosotros, completamente identificado con todo nuestro ser, hasta en el aspecto del hombre mortal. El *Verbo se ha hecho carne*. El Cristo brilla en lo cristiano, sobre todo en el siglo XIII y pocos siguientes; florecimiento nuevo, fatal para los conceptos antiguos y seculares del Arte. El Cristo ha resucitado, se ha revelado como arte romántico en la catedral, con todas sus maravillas, ya invisibles en su mayor parte para la sola carne. ¡Quien tenga oídos, oiga! ¡Quien tenga ojos, vea! Eso es ya el alma de la cruz, fija como planta general y ascendente como sección misteriosa en los pilares del templo. La hermosura cristiana es algo misterioso, hondo, revelador de Dios, hecho ¡hijo del hombre! ¿Vais entendiendo lo incoercible, á la vista del trazado fundamental de cruz del templo, de sus deleites en los números ó racionalidades cuantitativas, tan propio del anhelo cristiano, de vincular la verdad en la tierra? ¿Vais entendiendo que ya lo tranquilo vegetativo es perturbado, y ya las obras del Evangelio no son de *paz*, sino de *espada*, incisivas, relampagueantes, como destellos de una potente cruz de Santiago por nosotros empuñada? La individualización vigorosa, varonil, se hace ya necesaria al examinar las obras de tal reino del Arte.

Se acabó el hablar del *montón* como se hace de lo vegetal, del encinar, del hayedo, de los olivares... Nadie da nombre bautismal todavía á una encina, á un haya ó á un olivo.

En cambio, nuestra intuición artística confiere nombre ya al perro (*Sultán*), al caballo (*Alí*) ó al gato (*Zapirón*).

Lo *animado* por nuestra racionalidad ya tiene sello individual y ya se bautiza, no con agua, como hacía el Precursor, sino con el celeste juego del espíritu, que es el sello del Cristo, con la *inspiración respectiva* de cada una de estas obras.

Comencemos, de acuerdo con la dulzura samaritana del Evangelio, por una obra de *moros españoles* sometidos al ambiente cristiano, y cuya obra es del espíritu, razón universal en nuestro mundo, para lo cual no hay castas, ni moros, ni godos, ni enemigos, en siendo hombres. La obra es *una llave*. No tuvo utilidad material, y se forjó, como altamente artística, para abrir el do-

minio hispano en Sevilla con el tercer Fernando, ó sea el Rey santo. Eran dos semejantes, de las cuales una tenía en las guardas letras españolas, y la otra moriscas (que tal vez digan lo mismo). Las del idioma del *Sol vencedor* en oposición á las de la cultura de la *Luna*, como si fuesen las del cielo, atribuidas á San Pedro (en *oro* la una, en *plata* la otra). La de inscripción castellana dice: *Dios abrirá.—Rey entrará.*

Así consignó la resignación del Islam esa profunda ley de las cosas. ¡Cuán poco es el valer del hombre contra los designios del cielo! Observad de paso que tales llaves de oro y de plata efectivos habrían sido *injuriosas*, porque Sevilla se ganó por el *hierro* del esfuerzo cristiano, y no por el soborno, y el que entraba por vez primera fué un *héroe santo*, el prototipo de la epopeya española. Las llaves eran de hierro, y su idea no puede enmohecer, por siglos que pasen.

Otra obra muy española. Una cruz de término, ó *creu de padró* al decir catalán, en Cataluña conservada. El ideal nos dió la vida nacional, y él nos la ha de sustentar. Esa cruz consigna una idea gráfica elocuentísima. La cruz entera se resuelve en sus tres extremos de lo alto en *otras cruces*, de modo que es *una* y es *trina*, y por si el *tres* virtual no quedaba bien expresado, las puntas son treboladas y juegos *triples* de hojuelas guarnecen el pie y los brazos, además de tener un recuerdo del hombre Dios. Esa cruz es la del triunfo del concepto del Dios, manifiesto en las *tres evidentes fases* de cuanto es y existe. Todo y todas las cosas son de constitución *triuna*. La armónica variedad de lo triple unificado contiene en germen, como ya esbozamos, toda la cultura occidental, en oposición al embrionario concepto de un Dios jamás manifestado en lo semítico como inagotable desenvolvimiento, según las tres líneas ó pies fundamentales sobre que el fuego de la vida de los templos clásicos se guardaba; porque el gentilismo era en esto más propio de la sabia Europa que el estrecho mahometismo.

Arte, religión, ciencia, es el *trípode* completo, y la vida natural es de *tres* reinos, y la geometría de *tres* dimensiones, y la metafísica de toda sucesión entraña comienzo, desarrollo y término (ley universal transportada á lo *arquitectónico*, en cuanto es una fase de lo racional), y asimismo, por la unidad inmanente en todo, la dialéctica da al Verbo las *tres personas* ó pronombres necesarios... Solamente la ignorancia y el fanatismo (que no es sino la violenta ignorancia) no lo saben ni lo quieren aprender, y por esto al ímpetu de las razas contadoras por *noches* se opuso el de las que contamos por *días*, y hierros contra hierros, después de siglos formadores genesíacos de esta ardiente España, la cruz trinitaria, también de hierro, vino á coronar el triunfo de Europa, al parecer bárbara entonces, pero ya inspirada y sostenida por el más santo de los espíritus; porque, sin duda, para la Providencia no hay *porvenir* misterioso, siendo toda la realidad aun sucesiva ¡su eterno presente y su universal inmanencia!

Ved ahí el fuego que forjó una de esas cruces de victoria, para vincular una fe que no debe morir, aun cuando pueda y deba depurarse de escorias de

barbarie; por cuanto la cruz misma es el signo +, la afirmación suprema de la vida sobre la muerte, ó sea lo activo sobre lo pasivo, y esa imagen es aún la ideada para representar el Sol externo, como vivificador de la Naturaleza y de todos los cultos solares.

Veamos otra obra de hierro de bella espiritualidad. Usáronse en España candeleros en forma de azucenas. Uno de ellos, bien ejecutado y de buen dibujo externo. Pero veámoslo «por dentro». La vela en el santuario es imagen de una vida individual, una *vertical ardiente que se consume* en honor de Dios; es decir, una representación del alma recta, que hasta su morir, ó apagarse en esta vida, es lo que debe ser, un *fuego puro*. Pues bien; el arte romántico español sugiere para esa candela el soporte mejor, la pureza misma, el candor de la flor, blanca como la inocencia. ¿Hay cosa más propia?

Suponed cualquier otro soporte correcto, rico, adornado, técnico, pero sin esa *poesía ó intimidad* del arte; ¿cuál será el resultado? Una materialidad más.

El arte medieval, en medio de las conflagraciones sociales semejantes á fuegos volcánicos donde se forjaban los pueblos nuevos, produjo obras de una claridad y belleza no superadas en el hierro. Muchos objetos ya hoy de escaso ó nulo servicio exhalan un delicado aroma de las almas que los idearon. Veamos estos pocos; siquiera un armado sencillo para la polea de un pozo. El sostén, compuesto con tres arcos góticos ligados para soportar en lo alto la garrucha, se corona por un círculo de azucenas, y una más culmina aún sobre el vértice, y de los hierros de lo alto tiene cada uno á su pie una cabecita de perro, y allí palpita este evidente concepto: «Guardad fielmente la pureza del agua. Sed todos los custodios de ella.»

Análogamente en la idealidad intensa. Ved una cerradura de arcón. En el pestillo hay sentada una *figurita presentando*, al abrirlo, á su dueño *un libro abierto*, y el pestillo cuelga de un cerrojo sostenido por *tres* cabezas de perro. Al ver esa ideación creíamos oír una copla al modo aragonés:

Si me confías caudales,
te seré *más fiel que un perro*,
y daré cuentas cabales
de tu castillo de hierro.

Porque, en efecto, aquella figurita enseñando lo que se le confió, aquella dulce seguridad que un estado social deshilachado encargaba al bendito hierro y al ingenio y esfuerzo de cada uno, *canta* allí la verdad intrínseca de las cosas que hablan.

«¡Cosas tenedes, buen Cid, que farán hablar las piedras!...» Esa proyección de nuestro sentir sobre nuestras obras es el cantar y el arte del pueblo. En verdad, *vive*.

En cerraduras medievales hay prodigios de gracia. En otra (reproducida también en el libro de Labarta *Hierros artísticos*), fuera del pestillo hay una *rata*, y por fuera de la llavera una sabandija (que no caben por ella), y el cierre general se envuelve en *yedras*, planta de la fiel adhesión eterna. ¡Lo

roedor y lo reptil queda fuera de las buenas cerraduras! Esta misma ingenuidad de juicio se halla en otras presentadas como *castillo de torres y almenas*. Realmente, esa producción de piezas *una á una* no es la de la pacotilla industrial, hoy tan corriente y abundante; pero ¿no es verdad que jamás ante lo *industrial*, por perfecto que sea, se siente tan gran complacencia como ante tales hierros? Hoy, enmohecidos y ya *inservibles*, los guardamos en Museos como reliquias preciosas.

En una arqueta de riquísimo cincelado imitando templo de estilo flamígero, el mueblecito descansa sobre cuatro dragones, dos de ellos como exhalandos aullidos de rabia, y los otros dos decapitados. Esa ideación ennoblece el concepto de los *bienes* guardados, *vencedores del mal*. Riquezas para la generosidad, para la dádiva caritativa, genuina expresión del noble altruismo. *Bienes* así son un *sagrado*, y un *esplendor* también. ¿No es verdad que en obras tales el hierro canta su canción á lo bello?

Toda la horrible pesadilla de la miseria amenazadora se desterraría del mundo si escuchásemos el cántico que repercute misterioso en esa joya de la herrería española. ¡Sean los «bienes» para el bien, y serán respetables! Por ejemplo: el criado ignorante sea protegido y amparado, y él amará á su protector. El amor como *semilla* no puede dar otro fruto. ¡Oh nobleza del Arte, de cuán dulce modo enseñas el camino!

En llamadores de puerta fué frecuente el tipo de una argolla percutora sostenida desde el centro de escudete muy bien labrado, como anunciando lo exquisito de la cortesía del hogar respectivo. A veces se acentúa la expresión de ese tipo de obra haciendo que el escudete cincelado sirva de nimbo á una pequeña efigie de San Jorge («patrón» de caballeros y del Reino de Aragón) que percute dando con sus calcañares sobre un dragón del mal, como si aconsejase á quien llegue el observar allí tal conducta, es decir, ser moralmente correcto.

Pueblos ricos de alma son, sin duda, los que tales proyecciones dejan en el hierro. Si esta espiritualidad de nuestra rica esencia nacional exuberara en algunas pequeñas cosas, ¿no se manifestará mejor en las de más empeño? Vámonos á verlo.

En la Catedral de Avila hay dos púlpitos de hierro. Están concebidos como cálices en cuya copa se guarde la voz emisora de la palabra cristiana. El uno parece descansar sobre *delfines*, es decir, *á flote sobre las aguas* (cual barquilla de Pedro). Es de estilo *flamígero* y á modo de templo entero, y esa ideación del *fuego sagrado sobre el agua* corresponde «al espíritu sobre la carne». Hasta ese punto el arte es allí intenso y exacto. El otro púlpito es plateresco y, análogamente, parece descansar sobre alados monstruos barbudos de faz humana diabólica, es decir, sobre los *abismos del mal*, y en los dos compartimientos en que el decorado de la copa se divide, hay, en medio de pertinentes accesorios guerreros en lo bajo y encima, «autoridades» ó santos que parecen fortalecer al predicador, delante de cuyo pecho se hallan tales figuras. Uno y otro púlpito llevan el escudo parroquial en lugar preferente, y el hierro está revestido de oro. ¡Creemos que lo merece!

En todas ó casi todas las catedrales de España hay rejas de hierro que son tesoros de arte, donde se expresan oportunos pensamientos de modos conformes al metal y á la belleza.

En la imposibilidad de ir analizando todos los poéticos modos de la rejería española (donde abundan los hierros ascendentes retorcidos, tan expresivos del anhelo de almas que querían remontarse como nubes de incienso, y donde á cada paso se ven hojarascas y flores de *emblemático sentido*), vamos á detenernos un poco siquiera solamente en dos obras maestras de distinto carácter. Una de ellas es la verja del Sacramento ó Sagrario de la Catedral de Palencia. Toda su composición (del gusto de las filigranas aún conservadas en la *platería* española) se reduce á unos barrotes verticales cuyos claros están cuajados por líneas finas de caracol formando letras C vistas aisladamente, ó, por su duplicación simétrica, letras C, ó sea iniciales de *Christus* ó *Xristos*; y las espirales son muchas, muchas y pequeñas, como humildad de almitas *re-entrando* en sí mismas con el más profundo y ordenado recogimiento.

La inmensa mayoría de las gentes no puede penetrar en esta delicadeza maravillosa; pero, aun sin *entenderla del todo*, se percibe que aquello es algo pertinente, muy propio de la ocasión, y aun de modos inconscientes se repiten tales labores en infinidad de obras de otras iglesias. No entiende bien cualquiera las señas de los mudos, ni aun solemos entender lo que realmente Dios ha escrito sobre cada *fisonomía*; pero ello es que en lo natural las cosas suelen anunciar lo *que son*, y en las obras de buen arte es necesaria la exacta correspondencia del *fondo con el aspecto*.

En nuestro querido Aragón hemos oído no pocas veces: «Si quieres tener por loca á toda la gente moza de tu pueblo, mírala bailando desde donde no oigas las guitarras.» Y en ese vulgarísimo juicio se expresa la ley de quienes «no oyen», y nos juzgan locos á quienes nos deleitamos con lo *completo* de la fiesta artística; porque fiesta y triunfo no escaso es llegar al logro de trabajos de aspecto tan sencillo y uniforme y tan inspirado para alojar lo inmenso é inmaterial del justificado respeto á cuanto vincule ante nosotros el concepto de Dios vivo.

La otra obra maestra (y conste que hay otras que no he podido estudiar) de que hablaba es el cierre de la capilla sepulcral de los Reyes Católicos, en Granada.

Allí se *canta* el triunfo de nuestra nación, identificada con la idea cristiana, en la armonía eterna de los imperios de Aragón y Castilla, unificados en la nacionalidad más gloriosa. Los escudos de Fernando é Isabel, formando *trinidad* con el nacional completo, coronan la puerta y, protegidos por ángeles, parecen descansar sobre los delfines, con los cuales aquéllos juguetea, porque ya, en efecto, las bases ó soportes se hallaban más allá de los mares; guarnecen dichos escudos *leones* ó apogeos como *celestes* (sol en Leo, ó mes de *julio*) de los dos reinos, y toda la composición exuberaba de artística riqueza. La crestería es un prodigio; unas bichas ó sierpes del mal sojuzgado, y ya ligado á blanda y florida línea, aparecen obligadas á ser sostén de lámparas

donde arde, en figura de cabecitas aladas, la espiritualidad cristiana, pendientes de laureles y entre pebeteros de aroma eterno, arrancando estas expresiones de triunfo de entre palmeras limitadoras de *diez* escenas del drama evangélico, representadas por figuras muy claras de marcado tipo helénico. Coronándose todo por el crucifijo entre dos orantes.

El maestro Bartolomé, autor firmante de esta gloriosa obra, conocía los números de la racionalidad cristiana, y se complació en consignarlos en su verja. Existe el *1* total en el magnífico concepto de triunfo hispanouniversal del cristianismo de toda la composición. Un *dos* lujosísimo, en que la composición toda, á pesar de sus numerosas figuras de apóstoles y del drama cristiano, es á *dos* caras, además de ser simétrica en cada una de ellas la composición completa. El *tres* y el *cuatro* se dan en los cuerpos de altura con la cuádruple agrupación de á tres apóstoles. El *5*, en las divisiones efectivas del reparto vertical, virtual de *6*. El *7*, *dos veces* y en la forma misma del número, directo y reflejo, que resulta de abstraer la puerta y su coronación dedicatoria. El *8*, en los dos departamentos altos laterales. El *9*, en todo lo alto de los dos cuerpos sobrepuestos al de abajo. Y el *10* mismo, en las escenas figurales y en los grupos de barrotería, dispuestos por décadas.

Aún hay más, mucho más de números intencionados; lo receptivo ú horizontal exhibe esta disposición de partes: $1 + 1$ y 2 central y $1 + 1 = 6$. Lo activo ó vertical se exhibe en alturas, como $3 + 2 + 1 = 6$. Equilibrio ó igualdad es lo representado por Isabel, ó mujer, ó lo vinculado en Fernando, ó varón. *El Tanto monta*, en escritura de números místicos, tan propios de lo cristiano, y el *6*, armonía, conyugalidad *perfecta* y ¡para siempre! *de Aragón y Castilla*. Más aún: *10* escenas ó números gráficos sobrepuestos á *6* divisiones virtuales, *10, dividido para 6*, es igual á *1,6666...* Consignación de que lo cristiano para la Humanidad es sostener la idea de *Dios*, ó número uno, y sus inacabables armonías. Como se consigna, al igualar el trabajo de una y otra faz ó cara de la verja entera, que el cristianismo por *dentro* es como por *fuera*, y no una simple apariencia efectiva.

Esto responde á la profunda sinceridad de la fe vencedora, como se había hecho ya en el arte religioso helénico, en donde lo que no se ve de cada figura se labraba con *igual* esmero que lo más visible. La fe verdadera es así, y jamás se detiene en tacañerías de coste de lo material de sus obras.

Aun en la elección de elementos de estilo se ve igual conciencia. Los basamentos son al estilo clásico renacido en España, el desarrollo de barrotería es de gusto gótico, y lo terminal es de Renacimiento, condensando la idea de que lo medieval se apoya y sostiene, por ser racional, en lo clásico, cuyos modos esenciales se persiguen en esta obra.

De propio hice un viaje á Granada, aun viviendo en Zaragoza, para ver y tocar esta maravilla española, en donde todas las dificultades de laboreo del hierro dulce han sido vencidas. Allí se ven barrotes cuadrados de *55* milímetros de sección en cuyas caras se han estampado ramajes á troquel, y luego toda la barra ha sido torcida y provista de capitel y basa proporcionada de

hierro dulce, siendo de tipo clásico las de los hierros principales, y de poliedro gótico las de los barrotes intermedios, que son de á tres centímetros en cuadro de sección. Las pilastras llevan panelas repujadas en sus cuatro caras (de á unos 0,17 de anchura), y de igual trabajo son los frisos y las correctas figuras de los apóstoles y de las escenas del Evangelio, allí terminales. Por ser todo expresivo y maravilloso, el cierre, que sobre su caja lleva *tres* figuritas, como del hombre santificado, tiene un pestillo cuya manezuela es una *cabecita de ángel*, porque, en efecto, en arte así, la espiritualidad *se llega á tocar*, y no sin respeto, ante la inmensa epopeya que simbolizan los artísticos sepulcros de los Reyes Católicos y de su inmediata descendencia, para cuya custodia ideóse esta verja.

Si hay quien conozca en alguna parte del mundo una obra de herrería más linda y altamente artística que esa verja de Granada, sírvase sacarnos de la idea de que ella es hasta hoy *lo más completo hecho en arte del hierro*, que se ha remontado á idealidad tan pura como lo mejor de todas las demás artes.

¡Cuán difícilmente nos resolvíamos á cesar en su contemplación, ante la cual nuestra alma española parecía confortarse en la convicción de la importancia de nuestros destinos! ¡En ti, maestro Bartolomé, español firmante de esa maravilla, vemos sintetizada la misión del artista, promotora y consagradora de lo grande, de lo divino y de lo más puro de la tierra!...

La descripción completa del cuerpo de esta obra, «cuyo espíritu» hemos tratado de transcribir, ocuparía algo más de lo que ahora me es posible dar. En verdad que tal obra corresponde al cenit de la importancia española, y como las flores corresponden á las sumidades de vida, ésa es también una flor del espíritu del hombre, pues supo hacerse á la *altura de la ocasión*, única que de tal importancia guarda la historia de nuestro mundo, desde entonces abierto á toda la vida moderna.

El impulso nacional, tan patente en esta obra, duró lo que debía, á través de tantos errores y desdichas como España ha sufrido, y aún se produjeron después no pocas obras impregnadas de nuestro intenso idealismo. Conocidas y famosas son hasta simples rejas de viviendas, como las del palacio llamado Casa de Pilatos, en Sevilla; las de las casas de las Conchas, en Salamanca, etc.

¡Clavos que sobre las puertas, puestos como estrellas ó como flores, anuncian cielos, ó vergeles, ó edenes; pernios y herrajes de toda clase, aun sin entrar aquí en el examen de las maravillosas armas que, cumplida su misión, se despedían del mundo con resplandores del sol de esta bendita España nuestra, cuyos aletargados hijos parecen hoy desconocer lo que vale!

Nuestro arte del hierro ha sido hondo, claro, vigoroso, romántico, y al estudiarlo siquiera un poco, se afirma la conciencia nacional de lo que hemos sido y de lo que aún podemos ser *en el orden del pensamiento* y en el de la cultura más transcendente.

¡Arte bendito, celeste nexo revelador de la unidad de las más grandes cosas pasadas y futuras, bendito, bendito seas!

Félix Navarro.

El descubrimiento del retrato auténtico de Cervantes ⁽¹⁾

Todos sabéis, y no he menester de impertinentes y detalladas citas para recordároslo, la inmensa, unánime, creciente y universal popularidad del *Quijote* desde el primer instante de su aparición en la escena, sin distinción de climas ni de gentes, de religiones ni de sectas, de escuelas ni de sistemas, de gustos ni de modas, de temperamentos ni de clases, de edades ni de sexos, ni de ninguna otra distinción posible que amengüe la total unanimidad con que se le celebra y consagra á la inmortal admiración de todo el Universo civilizado.

El odio y la envidia extranjeros, acarreados por la victoria de nuestras armas, el predominio de nuestras letras y la extensión gigante de nuestro poderío mundial, se detuvieron sumisos ante el cetro de oro triunfante de la majestad de ese libro, y los detractores eternos de la religión, de la vida y de toda la civilización que informan y realzan los esplendores de la idea, de la creencia, de la filosofía y hasta del estilo de esa obra, se olvidaban absortos de sus sistemáticos prejuicios, y, como fascinados por el encanto superior de una fuerza desconocida, deponían su saña contra los sagrados y trascendentales objetos de su eterna animadversión, para aclamar con estrépito al hijo legítimo de tales padres, que se les aparecía radiante, envuelto en los esplendores de luz de una juventud inmarcesible.

En una palabra: hasta los que nos negaban sistemáticamente todo linaje de participación en la obra de la civilización y del progreso común á toda humanidad, se apresuraban á reconocernos un libro, pero un libro que valía por todos los demás, y la carcajada universal é incesante que acompañaba la lectura de cada página de ese libro era el testimonio irrecusable y perenne de su mérito excepcional, sobre toda manera inefable. Al oírla, casi se podía decir, sin escándalo, sacrilegio ni ponderación, que la Biblia festiva de la Humanidad había hecho su aparición en el mundo.

Pero esta Biblia había tenido su Moisés, como la *Iliada* había tenido su Homero, como la *Suma* había tenido su Santo Tomás y como la *Divina Comedia* había tenido su Dante; y aunque la Humanidad conocía el retrato moral de su autor en los rasgos inconfundibles de su carácter, de su ingenio y de su vida, impresos indestructiblemente en sus obras, saturadas de aquel espíritu genial, condensación iluminada y luminosa de toda el alma nacional de su raza, de su patria y su gente, la Humanidad desconocía su retrato físico y corporal, los rasgos vivos salientes de su fisonomía y de su gesto, inmortalizados, sí, es verdad, con la pluma, como á la pluma le es dado retratar, reverberando trazos en la imaginación al dictado de la inteligencia, pero vulgarizados, degenerados y hasta envilecidos, si cabe, por decirlo así, en una tentativa criminal de retrato, si tentativa hubo siquiera, y no fué todo, como acabamos de

(1) De la importantísima conferencia dada el 15 del actual en la Asociación de la Prensa por el eminente orador que dirige la Real Academia Española.

indicar, candoroso anhelo de amante desesperado de obtener la verdad, que se abraza para calmar su desesperación con las lejanas apariencias y accidentales verosimilitudes de la mentira.

El mundo entero quiso aceptar la ficción: ¡tal era la necesidad que tenía de llenar aquel vacío de su alma!; pero la aceptaba de oficio, como un padre acepta un hijo supuesto, por imperioso reconocimiento de la ley, pero con la muda protesta del corazón de la madre. Aquello no era ni podía ser el autor del inmortal Don Quijote, ni de Sancho el inolvidable, ni de Maritornes siquiera. Aquello no podía ni debía ser el cautivo heroico de Argel, ni el manco sublime de Lepanto. En aquella frente no había ardid jamás la llama esplendorosa del genio con sus celestes resplandores, ni las líneas vulgares de aquel semblante habían sido iluminadas nunca tampoco con los fulgores del Sol del Tabor Naval, ni habían sido nubladas con el reflejo sombrío de las hondas tristezas del infortunio cuando intentan turbar con su espiritual lobreguez la luminosa serenidad de las almas grandes.

En vano, en vano el buril y el cincel, el pincel, el lápiz y la pluma esparcían á todos los vientos de la publicidad reproducciones incesantes de la mentira: la verdad goza sus fueros inmortales; y como la inteligencia está hecha para la verdad, y la verdad para la inteligencia, en vano la impostura se amaña, se desfigura y se impone: su tiranía es efímera por necesidad; la protesta sorda y callada, cuando menos, interrumpe la prescripción, y el día en que se presenta el derecho y aparece la legitimidad..., ¡ah!, aquel día no es necesario ningún pleito. La verdad ostentada en su radiante desnudez es un torrente irresistible de luz. Se reconoce por aclamación y se promulga por evidencia.

Pues bien; esto es lo que está pasando hoy aquí, á la vista y con el asombro de todos.

Aparición del retrato auténtico

Un día, cuando ya nadie soñaba, no digo ya con encontrar, sino con buscar siquiera el retrato perdido del gran Cervantes, un artista español, un orfebre, casi un artístico artesano, como quien dice un obrero, se le ocurre limpiar una tabla española en que se adivinan más que se ven los rasgos característicos del retrato de un hidalgo español. Aquella tabla, confundida y como perdida entre un sinfín de cuadros y de retratos antiguos hacinados más que colgados en la numerosa y abigarrada colección de un extravagante aficionado á vejez que, en su monomanía adquisitiva de coleccionista insaciable, recogía á bulto y montón todo cuanto tropezaba en sus viajes á pie por todo el reino, y principalmente por Sevilla, había estado á punto de perecer y como condenada á morir al fuego lento de una estufa para ahuyentar el frío de un taller. La salvó la casualidad, que es como llamamos á la Providencia cuando se presenta de incógnito. El pintor orfebre que la tenía quiso ver claro el rostro del perso-

naje, y el alcohol y el aguarrás cayeron sobre el rancio y amarillento barniz y sobre la espesa capa de la envejecida porquería, que velaban casi por completo el retrato, y pronto á los ojos del operador apareció distinto el noble rostro que aquí veis y los dos fulgurantes letreros que estáis leyendo.

El artista, víctima inocente, como casi todos, de la mentira oficial, no cayó en la cuenta de la importancia del descubrimiento. Para él Cervantes era el del retrato oficial, el del retrato convencional, el del retrato corriente, y, por tanto, la tabla no podía ser otra cosa que una variante vulgar, poco afortunada tal vez, que no merecía los honores de la ostentación, ni siquiera los del inquirimiento. Pero, al fin, estaba «firmada» por «Jaurigui»; y aunque á sus oídos de artista no había llegado nunca á sonar ese nombre como apellido de pintor, y la muestra no le parecía un prodigio, le picó la curiosidad y se propuso indagar quién era el firmante desconocido. Y eso le puso en relación, mediante un encuentro casual, con el erudito y laborioso crítico, arqueólogo, archivero, bibliotecario y académico D. Narciso de Sentenac, quien, como experto conocedor de los antecedentes literarios del retrato perdido del gran Cervantes, abrió los ojos del alma al escuchar el nombre de «Jaurigui» y al oír detallar el hallazgo, obteniendo una fotografía, primero, y oferta de ver la ausente tabla, después; y en medio hubo de comunicar sus sospechas al ilustre y popular literato y renombrado académico D. Francisco Rodríguez Marín, el cual, en cuanto escuchó el olvidado nombre de «Jaurigui» en vez de «Jauregui», que es como hubo de llamarse el pintor antes de ser conocido por la traducción del *Aminta*, sintió estremecerse todas las fibras del corazón sacudido, y cuando llegó á contemplar el retrato en la fotografía obtenida y comunicada por Sentenac, la sospecha se trocó á sus ojos en evidencia, y rindiendo gracias á Dios por haberse compadecido de las ansias de los mortales, haciendo de pronto reaparecer el perdido retrato á que hace alusión Cervantes en el prólogo de sus ejemplares novelas, rompiendo cinchas, como quien dice, se precipitó en la Academia por nombre Real Española, y convocó en el despacho del director al Sr. Catalina, secretario inteligente y celoso de la docta Corporación; al Sr. Cotarelo, autoridad reconocida por su inmensa erudición literaria, y señaladamente cervantina; al marqués de Pidal y á D. Jacinto Octavio Picón, presidente y vocal, respectivamente, de la Junta de Iconografía Española y antiguos cultivadores de las Letras y de las Artes, y al que ahora os dirige la palabra, por su título de director, y allí les comunicó la noticia de sus fundadas sospechas, de sus secretas alegrías y de sus apremiantes temores, enseñándoles la fotografía del interesante retrato.

Aunque la fotografía no era, ni mucho menos, perfecta, el efecto fué colosal, profundo y sentido en todos, y en todos igualmente favorable, á pesar de la desconfianza natural é ingénita en todos en general, y más particularmente en algunos, muy al tanto y al pormenor de todos los procedimientos al uso en el arte de envejecer los más flamantes productos de la fabricación industrial en la chamarilería corriente.

.....

La primera entrevista con el dueño del retrato

El que esto escribe, alzándose con toda la responsabilidad de adelantarse á la otorgación de poderes que no había de negarle la Academia, se lanzó sin perder tiempo á la palestra para asegurar la posesión de la joya en los dominios españoles, evitando una vergüenza más á la patria y conquistando una gloria insigne á la nación si al fin resultaba auténtico el retrato; y después de una breve gestión diplomática con el Sr. Sentenac, que, á pesar de sus naturales reservas sobre el paradero de la tabla y su dueño, se puso generosamente á disposición de la Academia; después de hábiles y complicadas maniobras y de impacientes esperas para que la tabla llegase sin tropiezo á Madrid; después de diversas estratagemas para verla y para adquirirla, de acuerdo con el Sr. Sentenac, llegó la ocasión de contemplarla, y, á pesar de mi predisposición inveterada en casos tales á la sospecha y de mi antemano decretada serenidad indiferente, caí rendido á sus plantas ante el esplendor irresistible de la luz serena de la verdad.

Era en el taller solitario de la fototipia de Hausser donde se verificó por sorpresa la codiciada entrevista, y nunca jamás olvidaré las emociones de mi espíritu en los momentos solemnes de aquella nebulosa mañana, en que sentía gravitar sobre mi palabra y mi acción el peso tremendo de una responsabilidad que podía ser histórica para mi nombre si me dejaba seducir por el encanto de la ilusión ó me dejaba amedrentar por el pavor del ridículo que se me enseñaba detrás de una fabricación inteligente con los aires gozosos de un entusiasmo infantil y de una ligera precipitación sin racional fundamento.

.....

Por eso vosotros, que conocéis y que, sin duda alguna, sentís los términos verdaderamente terribles de este pavoroso dilema, de seguro compadeceís las ansias y las zozobras del tormento verdaderamente cruel de aquellas horas que pasé yo encerrado en el taller de la fototipia de Hausser, frente á frente con el Sr. Albiol, dueño y señor del retrato, y la tabla, colocada en el caballete, ofreciéndose muda á las caricias de la luz, para darse en toda su virginal integridad á la escandalosa visión de todas las publicidades futuras, que iban á immortalizar con la divulgación popular los rayos hasta aquel instante secretos del adorado ingenio español, fijado y asegurado ya para siempre por obra soberana del sol en el seno misterioso y fecundo de las tinieblas, preñadas de resplandores, de la cámara oscura.

El diálogo era en verdad singular. Como mi presencia inesperada en el solitario taller, á modo de aparición, tenía algo, por lo llovida del cielo, de las apariencias del *atraco*, no cabía otro recurso, para calmar la alarma que se transparentaba en la mal disimulada sorpresa del rostro del Sr. Albiol, que desembozarme con la más arrolladora sinceridad, para desterrar toda sospecha de *encerrona*, y la lucha entre el recelo y la franqueza fué por demás interesante y curiosa.

Yo ensalzando á todo ensalzar el valor del descubrimiento, mi impaciencia vivísima por que se fijase en España, y dentro de España, en la Academia; mi temor de que pudiese ir á parar al Extranjero, y el inestimable precio de la tabla; y el Sr. Albiol rebajando el mérito artístico del retrato, y, por tanto, su valor material, considerado como obra exclusivamente de arte, apreciando en poco y con todo desinterés su mérito, por decirlo así, literario, asegurando que no lo vendería jamás por ningún precio al Extranjero; pero... sin dejarse tentar, ni mucho menos coger, por las seductoras ofertas de la serpiente. Cuanto más me esforzaba yo por hacer alarde de mi juego, metiéndole por los ojos todas mis cartas para que se evidenciase mejor la sinceridad de mi inocencia, más y más se parapetaba el Sr. Albiol tras el enigma del escaso valor del retrato; de que su valor, exclusivamente literario, no debía cotizarse altamente, y de que él no lo pensaba vender, sino legarlo á algún museo nacional; y aunque yo insistía, enseñándole casi el dinero y señalándole el salón regio de la Academia Española como templo, como trono y como altar del retrato, el Sr. Albiol se recogía en su silencio, como se acoge á su agujero la anguila que no quiere dejarse pescar. Cuando, terminada la operación, dejé al Sr. Albiol con su tabla en los umbrales de la puerta de su domicilio, sin poder haberle arrancado la propiedad de la tabla en buena lid, lo confieso, ¡la separación fué cruel! No sé por qué se me figuró que ya no iba á ver más el retrato. Sombras chinescas de comisionistas extranjeros me parecían moverse en la obscuridad de la escalera. La casa de huéspedes donde penetró el Sr. Albiol con el retrato en la mano tomó á mis ojos el aspecto y las proporciones de un antro, en cuya puerta me pareció leer la sentencia aterradoramente del Dante:

Lasciate ogni speranza!

Pero la esperanza esta vez había anclado sobre una roca: el hidalgo carácter, noble, desinteresado, español del descubridor y dueño del retrato.

El Sr. Albiol, desdeñando las perspectivas de ventajosas ventas en el Extranjero que había desplegado yo ante sus ojos para captar su confianza en mi ingenuidad, me había dejado entrever como probable, en lejanías de horizonte de oro sobre cielo azul, la donación gratuita de la tabla á la Real Academia Española; tabla que no quería vender ni á la Academia siquiera; que su intento era disfrutar y legarla á su muerte al Museo regional de su tierra; pero que en vista de mis razones sobre los derechos eminentes de la Real Academia Española, donde estaría el retrato como en su propio pedestal, en el templo en que se rinde culto oficial y solemne á la lengua en representación de la patria, pensaba consultar á un amigo, que era, según le supe sonsacar, el sabio académico, científico y literario D. Daniel Cortázar, á cuya casa me dirigí sobre la marcha en cuanto, como he dicho, me separé del Sr. Albiol sin haber logrado la venta, que era lo que me aseguraba el retrato, que yo temía perder ante las brillantes ofertas que no dudaba que se le harían en cuanto se divulgara el suceso por todo el orbe oficial de la grey de los chamarileros. Haré

constar, una vez más para siempre, lo que importa, no sólo para la gloria del Sr. Albiol, sino para apartar toda sombra de sospecha y de duda sobre interés en la falsificación del retrato, que si el Sr. Albiol rechazó generosamente mis ventajosas proposiciones pecuniarias en nombre de la Real Academia; si se manifestó siempre decidido á no vender el retrato ni en el Extranjero ni en España; si quiso, convencido por mis instancias, regalárselo á la Academia, previo el consejo y la consulta del Sr. Cortázar, una vez en nuestro poder el retrato, se negó en redondo á aceptar ninguna clase de precio, regalo ni compensación pecuniaria, aceptando sólo por toda muestra de nacional gratitud, no una cátedra de Real orden, sino que acabase de salir á oposición una que ya se había dispuesto que saliera, pero que no acababa de salir por no sé qué entorpecimiento ó detalle que la tenía enredada en los tradicionales balduques del expedienteo oficial.

Esa ha sido toda la recompensa: un empujón en el sueño de un expediente, una arena abierta al aire y á la luz, y una ocasión de conquistar una corona de laurel á campo libre, en lid campal, todo en reconocimiento de un retrato que hubiera valido una fortuna en una sala de ventas de París, pujado por un millonario de Nueva York.

La autenticidad del retrato

Pero, paso, señor, estoy ya oyendo decir á alguno: todo eso me parece muy bien en el caso probado de que el retrato sea el retrato auténtico de Cervantes, pintado y conservado pór «Jaurigui», según el propio autor del *Quijote* en el prólogo de sus novelas; pero ¿no podría ser una hábil falsificación de esas que tan á menudo se hacen para realizar pingües ganancias á costa de los crédulos magnates aficionados á tales cosas?

A esto, después de todo lo dicho, sólo tenemos que responder que tales falsificaciones, además de que los expertos las conocen con harta facilidad, y por esta tabla han pasado los ojos de nuestros más afamados críticos, tanto arqueológicos cómo técnicos en las artes de la pintura, sólo pueden tener por objeto realizar ganancias considerables por su venta, y esta tabla no ha sido propuesta á nadie jamás para su compra ó su cambio, pues su existencia hubiera constado con seguridad como verdadera ó como apócrifa cuando tanto se buscaba por todos el retrato perdido de Cervantes para la edición de la Academia, y como es notorio que se buscó cuando se adquirió el que hoy existe colgado en el despacho del director, al lado del de Gonzalo de Córdoba. Y si entonces no se ofreció ni caro ni barato á la Academia, porque nadie conocía su paradero y nadie lo intentó falsificar para lucrarse con su fingimiento oportuno, ¿cómo ahora que se nos ofrece de balde, como os acabo de contar, y con todas las señas mortales de autenticidad manifiesta, hemos de aceptar como posible una maravillosa falsificación llovida en realidad de los aires, sin otro objeto, como hemos visto, que legarlo gratuitamente á las salas de un modesto museo

regional, y por último á la Academia, rechazando, lo mismo antes que después, sus más espléndidas proposiciones?

Además, la pintura, fuera de algún ligero repinte, como todo cuadro antiguo en general, tiene el esmalte de los años, la pátina infalsificable de la antigüedad y las grietas del *craquelado*, cosas todas que no se imitan ni falsifican infaliblemente por nadie. La tabla es del estilo y del carácter de todas las tablas de su época. El traje y la edad concuerdan con las fechas de la vida y del tiempo del gran autor. Los letreros son de letra y caracteres que se usaban generalmente en la época para inscripciones en los cuadros. El «Don», que á primera vista repugna, parece una contraseña cuando se reflexiona después, y la firma de «Jaurigui» en vez de «Jauregui» acusa un conocimiento perfecto de las vicisitudes, ocultas hasta hace poco, del nombre del traductor de la *Amin-ta*, que sólo lo posee la verdad y algún erudito eminente demasiado ilustrado, y como tal, al corriente de estas minucias literarias, para meterse á vulgar falsificador, en cuyo caso hubiera omitido el «Don», única dificultad aparente que nos presenta el retrato.

Un hábil falsificador acaso hubiera firmado «Jaurigui»; pero hubiera omitido el «Don» aplicado á Miguel Cervantes Saavedra. Un vulgar falsificador tampoco hubiera pintado el «Don»; pero hubiera escrito «Jauregui» con todas sus letras. Sólo la verdad firma «Jaurigui», porque ése era entonces el nombre real del pintor, y extiende á Cervantes el «Don» que llevaban su madre, su mujer y su hija, con leve y común infracción de desobedecidas pragmáticas de otros tiempos, y con que quiso honrar á su retratado famoso, en su juvenil entusiasmo, el ilustrado pintor, adelantándose á su tiempo, en signo de estimación y como tributo de respeto al héroe de la espada y la pluma, que se complacía en immortalizar en la tabla con sus pinceles por sus hazañas en Argel, y por sus glorías en Lepanto, y por la fama y celebridad de su inspiración en las páginas de sus escritos inmortales, que ya se escribía por entonces, con motivo de un «premio» alcanzado por la fácil musa de Cervantes en un certamen en Zaragoza, que como Apolo de Delo:

Miguel Cervantes llegó
tan diestro, que confirmó
en el certamen segundo
«la opinión que le da el mundo»,
y el primer premio llevó.

.....
Escuchad, escuchad todos vosotros los que me oís al incomparable escritor retratándose con la pluma, y, puesta la mano sobre el corazón, decidme si no os parece el retrato como la copia fiel de un espejo.

Habla Cervantes, y dice:

«Este que aquí veis de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes gran-

des, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, éste digo... que es rostro del autor del *Quijote*... y llámase Miguel de Cervantes Saavedra.»

Lo que dijo Cavia sobre el retrato

He oído decir que Cavia, apenas vió la fotografía, hubo de exclamar: «Este es, sin duda posible, el retrato de Miguel Cervantes Saavedra. Así fué, así tuvo que ser el autor del inmortal *Don Quijote*, que ni fué ni pudo ser de otra manera.» No he podido yo comprobar la veracidad de esta cita; pero no puede menos de ser verdad, dada la inteligencia y los conocimientos de Cavia en la alta materia cervantina; y si no lo hubiera dicho Cavia el primero, lo han solido decir después todos los demás á quienes he tenido el honor de hacer contemplar este retrato, hasta el punto de ser ésa la expresión vulgar, general y corriente que he oído escaparse, como una revelación de la conciencia nacional, de los labios de todos los que lo han visto.

Y es que, señores, verificase aquí por soberana manera un fenómeno psicológico á la vez que artístico, de toda suerte hondo, universal y sublime, en que conviene fijar nuestra atención por un momento.

Sin remontarme á las cumbres de la erudición filosófica, todos sabéis que la «Idea» es esa suprema y transcendental realidad de las revelaciones platónicas; se identifica al fin con la «Forma», ese gran principio substancial de las demostraciones aristotélicas: ¡los dos polos eternos de la verdad científica que se unen en el luminoso ecuador de la Filosofía perenne!

.....

Y como el genio del gran Cervantes es propiamente colosal, y su obra maestra, obra tan vasta como profunda y tan elevada como grande, la huella que deja su lectura en las almas tan honda como universal y sublime, así como todo el Universo civilizado tiene vivientes y animados en la imaginación los tipos perfectos y acabados de Don Quijote y Sancho Panza sin haberlos visto jamás, más que descritos por Cervantes, así todos tenemos dibujado en el alma el tipo noble, apacible, sereno, bondadoso, inteligente y genial que tiene por fuerza que ser Cervantes, descrito y pintado por él con la misma pluma con que pintó á Don Quijote y á Sancho, pero, además, grabado con el inmortal buril de su inspiración en el estilo, que, como dijo Bufón, «es el hombre», estilo que esplende en las páginas de oro y de luz de sus obras, que nos lo dan como es; en su espíritu luminoso y gallardo, que se traduce y se refleja en la noble é inteligente expresión de su rostro, que desde el fondo obscuro de esa tabla parlante nos está gritando: «Yo soy.»

Los rasgos morales de Cervantes coinciden con los físicos

Sí, ¡ya están colmados nuestros anhelos! ¡Ya sabemos cómo fué el gran ingenio español! ¡Ya podemos ostentar al mundo el retrato del gran Cervantes! ¡Ya tiene España conocimiento del rostro del Príncipe de sus ingenios! ¡Ya puede saborear la Humanidad el semblante del autor insigne del *Quijote*! Porque, gracias á la Providencia divina, podemos ya tranquilamente decir: «Este es Cervantes «de verdad», no sólo en sus signos personales característicos y auténticos, físicos, intelectuales y morales, y en los antecedentes literarios, arqueológicos é históricos y técnicos del retrato; es todavía más: es el Cervantes soñado, imaginado, presentido; el Cervantes como debía y como tenía que ser para no defraudar nuestros anhelos, no desacreditar nuestras profecías, y colmar cumplida y sobradamente nuestras fundadas esperanzas; pero es todavía más: es la confirmación real y práctica de una alta, trascendental y misteriosa doctrina que, por lo elevada y por lo profunda, une y abarca en síntesis soberana lo más sublime de la ciencia con lo más sublime del arte, por lo que viene á ser esa tabla como la personificación de una doctrina antropológica que se dió como en nadie en Cervantes, lo que avalora hasta lo inapreciable la posesión nacional del retrato auténtico del genio y del héroe de nuestra patria.»

.....

Y mientras no se demuestre que es un miserable (hasta por lo gratuito) falsificador el noble y generoso donante, unos necios y unos ignorantes los críticos cervantinos más ilustres y los arqueólogos y los artistas y los técnicos más renombrados de nuestra patria, y una sandez el dicho en que resume el poeta los oráculos de la experiencia y de la ciencia, y hasta de la religión, afirmando en verso fácil y popular

que el rostro es del alma espejo,

ahí se quedará inmóvil en su «evidencia» triunfante, como se quedó Don Quijote, sin que lo perturbasen presuntuosos y fingidos Avellanedas, y como se quedó la pluma de Cide Hamete Benengeli colgada, no ya luengos siglos, sino para siempre, de su inmortal espetera, porque los pinceles de Jauregui pueden gritar orgullosos á los malandrines que los desmientan:

.....

«La sabiduría del hombre brilla y se refleja en su rostro.»

Esto es, los caracteres elevados, vastos y profundos del alma se reflejan y se transparentan en los rasgos característicos de su cuerpo, señaladamente en su rostro, como abreviada síntesis de su ser.

Y si en el cuadro de las lanzas vemos todos la cortés afabilidad del vence-

dor con el vencido en el rostro y el ademán del marqués de Spínola, triunfante; si en el rostro y la acción del conde-duque de Olivares vemos todos la vanidad aparatosa y de oropel del favorito arrogante, que no conoce más batallas que la pintada en su lienzo; si en la mirada y los labios del cardenal retratado por Rafael estamos leyendo el nombre de un renaciente italiano, compatriota de Maquiavelo y contemporáneo de los Borjas; y en el *Bobo de Coria* y en el *Niño de Vallecas*, de Velázquez, vemos la «tontería» satisfecha y la indiferente «idiotéz»; y en el rostro inolvidable de la *Monna Lisa*, de Vinci, se descifra el enigma de los misterios recónditos del corazón de una mujer con la clave de su mirada y su sonrisa, ¿qué tiene de particular ni de extraño que todos reconozcamos el alma del inspirado autor del *Quijote*, que tan claro se nos ha manifestado en su vida y en sus obras, en esa tabla y ese retrato, que nos está gritando, vuelvo á decir, á toda voz:

Yo soy Cervantes,

como nos lo grita Carlos V desde los lienzos del Tiziano, Felipe II desde los cuadros de Pantoja, Felipe IV desde las telas de Velázquez y Carlos II desde los retratos de Carreño, que no nos lo dicen tan sólo con los letreros de los marcos y los números de los catálogos, sino con la augusta voz de la Historia, que, señalando sus acciones, hijas de su voluntad y de sus ideas, de sus temperamentos y pasiones, nos grita que «así fueron, porque así tenían que ser».

Saludémosle, pues, en su retrato, como lo acaba de saludar el Presidente de una República hispanoamericana, que se quitó el sombrero con veneración para contemplarle con respeto en los salones de la Academia, saludándole como á rey del habla de su raza y su gente, como á numen de la inspiración universal y como gloria de la metrópoli, madre de todas las colonias emancipadas, que piensan, hablan, cantan y rezan en la que todos llamamos á una, con tanto orgullo como emoción, la lengua de Cervantes.

Desde allí..., ¡quién sabe los altos y transcendentales destinos á que puede ser llamada algún día esta tabla, que es hoy solamente un «blasón», y que mañana podrá ser tal vez un «talismán»! ¡Como el único retrato original del augusto monarca de la lengua en que sólo pueden entenderse y comprenderse todos los hijos del Cid esparcidos por la diestra providente de Dios por los ámbitos de los mundos!

Respetemos los secretos juicios de Dios y los ocultos arcanos de la Historia; pero alegrémonos con júbilo nacional español porque, como si fuera anuncio de mejores días y auroras de un nuevo sol para los horizontes de la patria, el sepulcro ha devuelto su presa, lo que creíamos irremisiblemente perdido ha sido recuperado, y todos los españoles, como todos los demás humanos vivientes, podemos ya contemplar á nuestro sabor el verdadero semblante del «Príncipe de nuestros ingenios».

Alejandro Pidal.

LO QUE DEBE SER LA JOTA

según la humilde opinión
de un filósofo de nota
natural de Magallón.

Lo he dicho doscientas veces,
y lo diré otras doscientas
si hace falta. De los bailes
inventaos hasta la fecha,
el mejor y el más difícil
es la jota aragonesa.
Un galope, una mazurka,
un chotís ó una habanera
cualquier crío de pañales
de mediana inteligencia
los baila con su nodriza,
si la nodriza no es de esas
que hay que ponelas un güete
pa conseguir que se muevan;
pero pa bailar la jota
con fenura y á conciencia
no basta ir al Estetuto
ni saber latín y algebra,
pues la jota no se aprende
en colegios ni academias
como las matematicas,
y el que no nace sabiéndola,
por muchos esfuerzos que haga
no la aprenderá, aunque sea
el ministro de Fomento
quien le dé lecciones de ella.
La gente aristocratica
que da bailes de etiqueta
(de esos en que si uno pide
una miaja de agua fresca
se la sirven en un plato
con un bolao de á peseta)
cree que pa bailar la jota
no hay más que mover las piernas,
blincar como un saltamontes,
y al final de cada güelta
quedase como un membrillo,
con una rodilla en tierra,

más serio que Piñatelli
ú que el señor de Alfocea.
Eso no es bailar la jota.
Eso, aunque otra cosa entiendan,
es bailar el *Dies ira*
ú la marcha rial inglesa.
Bailar la jota con guantes,
con el peinao á la griega,
con polisón y con faldas
de las que hoy en día se llevan,
y que paecen propiamente
gordilargos por lo estrechas,
es igual que si en la fonda,
pa cubrir las aparencias,
le daran á uno... mojama
con salsa á la mayonesa.
La mojama, pa que guste,
es necesario comela
con el porrón ú la bota
á mano... y en la taberna.
Pues con la jota acontece
otro tanto: se estropea
si la baila un señorito
en lugar de una moceta
del aparejo redondo
y la carica tan tierna,
que den ganas de arreale
cuatro bocaos pa comésela.
Yo conocí á una señora,
de Pinseque por más señas,
que asentada junto al piano
se estaba las horas muertas
cantando, según decía,
la jota de una manera
tan rara, que no sé cómo
el juez no la metió presa.
Por supuesto, que bien cara
pagó su poca vergüenza,
pues Nuestro Señor, sin duda
cansao de oíla y de vela,
despuso, pa castigala,
que se quedase soltera.
¿No sería rediculo
que en Pastriz ó en Leciñena

juesen de ronda los mozos
por calles y por plazuelas
cantando *La sonambula*
ú cualquier trozo de opera
de esos que por lo funebres
hacen llorar á las piedras?
Pues más impropio entoavía
resulta que una duquesa,
un tenor con itericia
ó una tiple con ronquera
se echen á cantar la jota,
y pa lucise con ella
la adornen con gorgoritos.
Los gorgoritos se quedan
na más pa las cardelinas;
á la jota aragonesa
no le hacen falta postizos,
perifollos ni majencias.
La jota, pa que se enteren
aquellos que no lo sepan,
no es una señoritica
relamida y peripuesta
de esas que na más tocalas
se deslustran y se argüellan.
No. La jota es una moza
garrida que se presenta
en tos laos sin orgullo,
con sencillez, con franqueza,
sin miedo á que la cretiquen
ni á que la lleven en lenguas,
pues aunque jué toa su vida
retozona y desenvuelta,
nunca lo fué hasta el extremo
de olvidar las comenencias.
No presume de estruída,
de fina ni de coqueta,
por más de que con la gracia,
la intinción y la agudeza
que á ella le sobran podría
pasar por listo cualquiera.
Es descarada y burlona,
porque nunca ha estao sujeta,
pues se ha criado á sus anchas,
tan indomita y tan suelta

como una perdiganica
ó un gurrión de canalera.
Es alegre, porque nunca
ha estao dengosa ni enferma,
porque nació al aire libre
y el sol la ha güelto morena,
y le ha perfumao la sangre
el tomillo de la sierra,
y no ha tuvido el medico
necesidá de ir á vela
ni ha prebao más melecinas
que el vino de Cariñena.
Es altiva y mal pensada,
reñidora y alparcera,
porque le han hecho valiente
los azares de la guerra,
y sabe pedir justicia
y sabe vengar ofensas.
Y es sufrida y resinada,
blincadora y andariega,
humilde y caritativa,
maciza, rebusta y recia,
porque triunfar es su oficio;
y ha traspasao la frontera,
y ha recorrido los mares,
y se ha sentao á la mesa
juntica al rey, y en Melilla
acompaña á la bandera,
y ha subido hasta el Moncayo,
y ha bajao hasta la huerta,
y ha bebido agua del Ebro,
y la han pasao, de pequeña,
por el manto de la Virgen
pa que aprendiese á ser güena,
y á ser noble y á ser franca,
y á ser firme y á ser terca.
Como hija de labradores,
nunca ha soñao con grandezas.
Con ser probe se conforma;
y aunque de lejanas tierras
prencipes y emperadores
acuden á pretendela,
le risponde á to el que viene
que ha nacido aragonesa,

y que de Aragón no sale,
y que en Aragón se queda
pa dar aliento á sus hijos
si el animo les flaquea.
Así jué siempre la jota,
y lo será mientras pueda.
Agora lo que hace falta
es que no se olviden de ella
los gobiernos, y dispongan
que tos los maestros de escuela,
en vez de explicar en clase
los ríos y cordilleras
de España, que á nengún chico
les cogen en la cabeza,
les den algunas lecciones
de jota, pa que la aprendan;
pero de jota al estilo
de Aragón, sin añadencias,
pues la jota con adornos
que no son de su cosecha
es una estafa tan grande,
tan creminal y tan fea
como si al que va á la fonda
á gastarse diez pesetas
le dan pa comer... mojama
con salsa á la mayonesa.

Alberto Casañal Shakery.



BUCÓLICA

Quiéreme, que soy pastor
y te traigo de la sierra,
con los frutos de la tierra,
las primicias de mi amor.

Quiéreme, que, lastimado
de amores, vivo sin vida,
sufriendo triste la herida
con que al mirar me has llagado.
Vivo tan enamorado,

que al verte, con ansia loca,
por un beso de tu boca,
roja cual granada en flor,
aún fuera mi vida poca.

Beberás de mis ganados
leche fresca, blanca y pura;
miel sabrosa con hartura
y frutos bien sazonados
para ti serán guardados.
Y al promediar los otoños
gustarás dulces madroños,
que, con su rojo color,
son de tus labios retoños.

Del estío luminoso
en tardes abrasadoras
dormirás las vagas horas
buscando en mí tu reposo.
Y en el campo silencioso
llorará mi caramillo
un canto dulce y sencillo
que arrullará tu sopor,
perdiéndose en el rastrillo.

Y en la soledad dichosa,
si te ríes, con tus risas
vendrán á reir las brisas
desde la cumbre aromosa.
Aguila majestuosa,
sombreando bajo el cielo,
te cubrirá con su vuelo
como con palio de honor
en tanto que por ti velo.

Y subiendo á las colinas,
dejando atrás el otero,
pisando junco y romero,
al llegar á las encinas
verás entre las neblinas
de algunas cercanas lomas
arrullarse las palomas
como cantando su amor
al vislumbrar que tú asomas.

Verás en la lejanía,
que en luz del cielo se baña,
esfumarse la montaña
cuando ya se apaga el día.
Y oirás tú, cordera mía,
la esquila del recental
y la trova sin igual
de un parlero ruiseñor,
de la campana el metal...

En clara noche estrellada,
viendo las flores del cielo,
te cantaré de mi anhelo
la ilusión apasionada.
Si, al igual que en la otoñada
el árbol su fruto brinda,
tú, blanca flor de celinda,
el fruto das de mi amor,
no habrá ya quien mi amor rinda.

Y en noche de luna blanca,
si, aullando, el silencio trunca
una fiera en su espelunca,
agitando su carlanca
mi mastín contestará
para alejar tu temor,
que al punto se calmará.
Quiéreme, que soy pastor.

Quiéreme, que soy pastor
y te traigo de la sierra,
con los frutos de la tierra,
las primicias de mi amor.

Antonio Andión.

(Del libro recomendado por la Academia de la Poesía *Nieve, sol y tomillo*, que acaba de ponerse á la venta.)

INFORMACIONES

Homenaje á la Infanta Isabel

En el número de *La Mañana* correspondiente al día 20 del pasado apareció un artículo que, aunque firmado con el seudónimo «Miguel Sobías», pronto se supo era del director de ATENEO, D. Mariano Miguel de Val.

El artículo, reproducido y elogiado por varios periódicos, formula una iniciativa á la que inmediatamente se adhirieron diarios tan importantes como *La Época*, *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *A B C*, *El Mundo*, *Heraldo de Madrid*, *Diario Universal*, *La Noche*, *El Universo*, etc.

He aquí el artículo:

«La Infanta D.^a Isabel cumple hoy sesenta años.

»Son pocos menos de los que lleva de prestar á España continuos é importantes servicios, hasta hacerse popular y queridísima de todos.

»Ha llegado la hora de corresponder á ellos de alguna manera.

»Doña Isabel ha sido durante bastante tiempo la heredera del Trono, y aun después de perder esta condición ha seguido actuando atentamente, no sólo con obras piadosas y encaminadas á remediar desgracias particulares, sino en cuantos asuntos eran dignos de su alto apoyo y significaban algo á nuestro progreso, al desarrollo de nuestra cultura y de nuestro prestigio en el mundo.

»¿Es que no puede haber alguna recompensa suficientemente honrosa y halagüeña para los que, por llevar en sus venas sangre augusta, pertenecen ya al más alto rango? Entendemos que debe haberla, y la hay.

»Recientemente, por iniciativa de *El Mundo*, se ha concedido á S. M. la Reina D.^a Victoria la gran cruz de Beneficencia, recompensando sus iniciativas y trabajos en favor de nuestros soldados heridos y de las familias de nuestras víctimas en el Rif.

»Sin embargo, esa distinción no nos parece suficiente.

»Los más intransigentes podrán decir que, dada la categoría oficial de nuestra Infanta, todo lo que haya hecho no ha sido otra cosa que cumplir con su deber.

»Pero... ¡ahí es nada cumplir con su deber, aquí donde casi ninguno lo «cumple»!

»Si todos los ciudadanos cumplieran con su deber, ¿á qué altura estaría España?

»Y cuando alguno se distingue de algún modo, ¿no se le recompensa inmediatamente? Pues ¿por qué razón no se ha de recompensar á una Infanta, cuando existe el derecho á exonerarla si se rebela contra el Rey ó deja de cumplir sus altos deberes?

»Sin embargo, hay servicios que son algo más que la intervención de todos

los días en esos asuntos que se nos vienen á las manos y sobre los que podemos influir provechosamente.

»Nos referimos al viaje de S. A. á la Argentina.

»Los ilustres directores de *La Época*, *La Correspondencia de España* y *El Imparcial* nos podrán decir, como testigos que fueron de todo ello, si no se debió la mayor parte del memorable éxito de nuestra misión en Buenos Aires á las personales simpatías de D.^a Isabel.

»Imagínese que hubiera sido S. A. menos llana y expresiva, menos entusiasta y abierta, y se convendrá en que España no habría ganado allí las simpatías que nuestra Infanta inspiró; antes, por el contrario, en todos los actos se hubiera reflejado la frialdad, la sequedad y la etiqueta, que si empiezan por no producir grandes entusiasmos, acaban por no dejar huellas hondas.

»Pero S. A. no se ha limitado á esto. Convencida, porque lo ha visto, porque lo ha estudiado y meditado bien, de la importancia que tiene para nosotros el fomento de nuestras más cordiales relaciones con aquellos grandes pueblos, que han de ser algún día el contrapeso de Europa por su civilización y riqueza; enamorada de aquella otra España que en Ultramar resurge y se desdobra sobre el continente nuevo con nuestros mismos apellidos, nuestra misma sangre y nuestro mismo idioma, viene realizando desde entonces una labor constante y decidida de correspondencia diaria con los ilustres argentinos, y aun con todos los americanos que conoció por virtud de su viaje, á los cuales obsequia y agasaja cuando llegan á la corte, estimulándoles á constituir en nuestra capital una colonia que ya el año pasado fué muy considerable, pero que éste lo será mucho más por el número y la calidad de las personas que visitan Madrid y recorren luego con verdadero placer nuestra Península.

»Indudablemente, como decía no hace mucho el Sr. Llovet, cónsul del Plata en París, al salir de su patria todo argentino desea conocer España; pero no encuentra aquí grandes facilidades el turista, y por eso París es el cuartel general de los americanos del Sur.

»La colonia argentina dejó en la capital francesa el año 1909, según estadísticas, unos 250 millones de francos en hoteles, teatros, modistos, Bancos, etcétera.

»Estas cifras son harto elocuentes para excusar el comentario. Por sí solas demuestran lo beneficiosa que ha de ser á España esa obra que la Infanta Isabel ha emprendido con tanto talento como tenacidad, manifestándose en todo instante decidida propagandista de la Argentina, y en general de toda la Hispanoamérica, y preocupándose, no sólo de que al llegar aquí les sea grata la estancia á los que vienen, sino de que antes se les aumenten las comodidades del viaje por mar y por tierra y se facilite el servicio de Aduanas, que tantas molestias ocasiona.

»Pedimos, pues, en primer término, para la obra de la Infanta Isabel la más entusiasta colaboración de todos, y para sus indudables servicios el aplauso general, la gratitud de España y, como expresión de ella, la celebración de

un homenaje popular, del que desde luego pueden ser Comisión organizadora esos tres ilustres periodistas que antes hemos citado: los señores marqués de Valdeiglesias, Romeo y López Ballesteros, á los que se unirían representaciones de todas las entidades y Corporaciones madrileñas y de provincias, puesto que el homenaje debe revestir carácter nacional.

»El momento para dicho acto ó actos, porque la Comisión organizadora que se forme será la que determine la amplitud del programa, creemos que debe coincidir con la estancia en Madrid del Presidente de la Argentina, D. Roque Sáenz Peña, que, según se ha anunciado ya, se propone venir en breve para devolver á España la visita que la Misión especial presidida por la Infanta Isabel hizo á Buenos Aires con ocasión del Centenario.

»Y verdadera justicia habrá en asociar ambos egregios nombres, porque Sáenz Peña, sin haber nacido en España, es el estadista extranjero que mayores pruebas nos ha dado de afecto. Aun después de haber sido candidato á la presidencia de la República se ha erguido como diplomático contra la nación más altiva, sin temor á lo que ésta pudiera influir contra su futura elevación al Poder, para defender á España en momento difícil de su historia y atacar á su adversario bravamente, como si su sangre y apellido españoles fueran bastantes á despertar en el fondo de su conciencia los sagrados deberes de una segunda ciudadanía.

»En aquella fecha, pues, en que declaremos hijo adoptivo de España al actual Presidente de la Argentina, y en que esta nación declare hija adoptiva suya á la Infanta Isabel, tributemos, junto á los agasajos oficiales que para entonces se organicen, un homenaje popular á nuestra Infanta, como el que realizamos ya en honor de Sáenz Peña cuando recientemente nos visitó, desprovisto de toda representación oficial.

»*Miguel Sobías.*»

Vista la favorable impresión producida por el anterior artículo, D. Mariano Miguel de Val visitó en sus domicilios á los Sres. D. Alberto Aguilera y conde de Peñalver, quienes desde luego le ofrecieron su concurso en la Comisión organizadora del homenaje, la cual celebró su primera junta en el Casino de Madrid el 30 de diciembre. De lo ocurrido en esta reunión preparatoria nos da cuenta el siguiente suelto, que reproducimos de *La Noche*:

«En la sala de la Junta directiva del Casino de Madrid se reunieron ayer tarde los señores conde de Peñalver, Aguilera, el alcalde de Madrid, Sr. Francos; D. Julio Burell, D. José Moreno Carbonero, D. Eugenio Sellés, el señor conde de Parcén, D. Mariano Miguel de Val, el secretario del Casino, señor Alba, y el de la Unión Iberoamericana, Sr. Armiñán; el presidente de la Gran Peña, señor marqués de Portago, y los directores de *La Época* y *La Mañana*, señores marqués de Valdeiglesias y Silvela.

»El objeto de la reunión era tratar del proyectado homenaje á la Infanta D.^a Isabel.

»Recibieronse entusiastas adhesiones de los señores presidente del Nuevo

Club, señor duque de Lécera; secretario del Centro del Ejército y de la Armada, Sr. Burguete; general Bascarán, condes de la Mortera y de las Navas y director de *A B C*, D. Torcuato Luca de Tena.

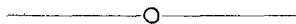
»El presidente del Casino, señor conde de Peñalver, expuso el objeto de la convocatoria y las razones de haberla él hecho, obedeciendo al ruego que el autor de la iniciativa publicada en *La Mañana*, D. Mariano Miguel de Val, le dirigió, á fin de que la Comisión, cuyos nombres habían sido designados por los Sres. Aguilera y Val, se reuniera en el Casino.

»Los Sres. Aguilera, Francos, Portago y Armiñán expresaron su profunda adhesión, y la de las Corporaciones que representaban, al merecido homenaje en proyecto.

»El Sr. Aguilera manifestó además que la junta de ayer debía concretarse á su constitución y al nombramiento de presidente y secretario, para cuyos cargos propuso á los señores conde de Peñalver y Val.

»Acordado esto, el señor conde de Peñalver propuso para vocales de la Comisión gestora á los Sres. Luca de Tena, Moreno Carbonero, Valdeiglesias y Silvela, más los Sres. D. Luis López Ballesteros y D. José Rocamora, que serán invitados á formar parte de dicho Comité.

»En breve se reunirá éste, y en seguida comenzará sus trabajos, que, dados los nombres de las personas que lo forman y los generales afectos y simpatías con que cuenta D.^a Isabel, seguramente llegarán al mejor éxito.»



Política

Interesantísimos han sido los sucesos de nuestra política durante el mes de enero.

Estaba pendiente el asunto de Cullera, la sentencia definitiva contra los criminales de septiembre.

La apertura de las Cortes, anunciada por Canalejas para octubre, había sido aplazada hasta que se resolviese el proceso Cullera y se terminaran las negociaciones entabladas con Francia sobre la cuestión marroquí.

Sin el agobio de las penosas atenciones parlamentarias, bastantes por sí solas para agotar las fuerzas del más privilegiado estadista, Canalejas ha podido vivir unos cuantos meses entregado al estudio de esos problemas nacionales urgentes que está llamado á resolver como jefe del Gobierno. Pero á fe que no han debido de faltarle preocupaciones de otra índole.

Me refiero á la actitud de los republicanos.

Canalejas ha sido con ellos más dadivoso que con sus incondicionales amigos de siempre. No obstante, las izquierdas le huyen el bulto y le corresponden con los más violentos ataques.

Lo que Sagasta logró de republicanos como Canalejas y Martos, y Romero Girón y López Puigcerver, no lo ha logrado Canalejas de Lerroux, ni de Moya, ni mucho menos de Melquiades Alvarez.

Todas las conquistas que ha podido hacer en el campo republicano para engrosar las huestes de la Monarquía se reducen á la de Luis Morote.

Y suma y sigue, puesto que los únicos fracasos de Canalejas en el Poder han sido las reformas debidas á la iniciativa ajena, ó aquellas implantadas en forma no estudiada por él ó no debida á él, tales como la supresión del impuesto de consumos, cuyo estudio confió á los mismos republicanos que más ardientemente la solicitaban.

¿De qué, pues, le ha servido su táctica de penetración pacífica en el campo enemigo?

A pesar de todo, entendemos que le ha servido de mucho.

Canalejas, en esta primera etapa de su jefatura, nunca ha podido aspirar á gobernar de lleno. Viéndose precisado á contemporizar con esa numerosa prole de derechos adquiridos que se llaman hijos, sobrinos ó yernos, su personalidad no ha podido manifestarse abiertamente.

Ni pensó, aun cuando dijera lo contrario, que su gobierno, merced á las infinitas vanidades satisfechas con unas y otras concesiones benévolas, fuese tan duradero.

Ha estudiado, ha visto, ha probado sus fuerzas, ha explorado los caminos, ha medido las distancias, ha conocido á las gentes, ha pulsado la opinión, y sabe ya á qué atenerse para lo sucesivo. Pero sus propósitos, por esta vez, no llegaban á más. Ahora la voluntad de Canalejas sería, si sus altos deberes se lo permitieran, abandonar el Poder para consolidar sus huestes y definir su programa en la oposición.

Sin embargo, Canalejas ha sabido sortear hábilmente todos los graves problemas que se le han presentado desde su elevación al Poder.

Lo del *Numancia*, las huelgas, las elecciones, el proceso Cullera, etc. Al principio se decía que era cuestión de suerte; pero la circunstancia de haberse repetido ésta en cuantas ocasiones se presentaron, no dejó lugar á duda con respecto á las facultades del jefe. Porque, á lo sumo—como decía Sagasta—, podrá alguno pensar que ha habido trampa; pero en ella está el *quid*.

La política, como el teatro, requiere su decorado y *atrezzo*, algo de bamalinas é ilusionismo.

Maura, por quien sentimos grande admiración, y que, además, nos parece el más honrado y serio de nuestros estadistas, digno de gobernar pueblos más afortunados que España, acaso se equivoca sólo en su empeño de nadar á todas luces contra corriente, en tono de reto contra todos y contra todo, sin reparar en el ambiente ni buscarse otro apoyo que la virtud de su pleno convencimiento.

El gobernante, para triunfar en la escena, tiene que colaborar con la opinión como el autor con el público. Un autor dramático, cuando escribe, no puede menos de estar constantemente pensando en los espectadores que le han

de oír y juzgar. Y lo mismo el gobernante. En esto Canalejas es un perfecto continuador de Sagasta.

Lo que hay es que á menudo Canalejas es el primero en olvidar lo mucho de comedia que la política tiene. Y se da el caso, frecuentísimo, de que le preocupen las más burdas farsas que se representan en la escena como si fueran la realidad misma.

Así resulta que se deja impresionar en muchos casos más de lo debido, y el ánimo se debilita y agota sin remedio.

Canalejas, dentro del Parlamento, cuando con su vigorosa elocuencia lo avasalla todo y triunfa siempre, no parece el mismo Canalejas de fuera, falto de aplomo y serenidad.

Pero repetimos que todo ello tiene una causa meramente circunstancial. El jefe del actual Gobierno no puede plenamente confiar en la lealtad de su mayoría, compuesta en gran parte de elementos prestados y heterogéneos. Su partido, que será poderoso cuando en la oposición se organice, le rodeará de las garantías indispensables para desenvolverse con mayor confianza y firmeza.

Canalejas, no obstante, ha sorteado con habilidad y acierto cuantos conflictos han surgido, y su obra no ha dejado de ser útil y fecunda en importantes reformas.

Las campañas que socialistas y republicanos iniciaron contra la guerra cuando ésta amenazaba repetirse en el Rif, no han tenido consecuencias lamentables como aquellas que ocasionaron durante el gobierno de Maura la semana trágica de Barcelona.

La acción militar en el Rif y la de nuestra policía en Marruecos han sido hábilmente dirigidas, sin que pueda censurarse algún tropiezo, dado lo malo del camino, en el que, por desgracia, serán inevitables los descalabros.

En la cuestión religiosa se ha dado un paso grande con la llamada ley del «candado» y con las disposiciones sobre los signos exteriores del culto y sobre el impuesto de la mano muerta. Además, se ha llevado á cabo la supresión del juramento.

De gran transcendencia son el proyecto de servicio militar obligatorio, ya publicado en la *Gaceta*, y los que se anuncian sobre Asociaciones y enseñanza, colonización interior, contrato de trabajo y reforma parlamentaria.

De esperar es que en la supresión del impuesto de consumos se subsanen las deficiencias y los errores cometidos. De lo contrario, los consumos, que han sido bandera política tantas veces cuando se anhelaba verlos suprimidos, volverán á ser bandera política por su restablecimiento, deseado de todos. Y en el tejer y destejer nada ganará ninguno, como no sea el tiempo entretenido.

Otro día analizaremos la obra económica del actual Gobierno, cuyos propósitos en materia de presupuestos se conocerán en las próximas sesiones de Cortes. Y quédese también para el momento oportuno el análisis de la gestión de Canalejas en nuestras entabladas negociaciones con Francia sobre el asunto de Marruecos, negociaciones interrumpidas algunos días por el cambio de gobierno en la vecina República.

Entre las notas pintorescas de la política durante el mes corriente se destacan el indulto de los reos valencianos y los dos conatos de crisis más teatrales que se recuerdan.

Canalejas, eclético y vacilante entre sus naturales instintos piadosos y los altos deberes de su cargo, había decidido resolver este asunto de los procesados de Cullera como resolvió el del *Numancia*: indultando á todos menos á uno.

El Rey, compadeciéndose del infortunado—á quien por su iniciativa se indultó también—, ha conmovido á España entera, sin distinción de bandos ni partidos.

Pero el jefe del Gobierno, en vista de haberse quedado corto en su consejo al Monarca referente á este indulto, se consideró en el caso de presentar la dimisión del Gabinete.

La crisis fué aparatosa como la que más. Su Majestad consultó con los jefes políticos y los presidentes de las Cámaras, quienes salieron de Palacio diciéndole haber aconsejado al Monarca la continuación de Canalejas en el Poder; razón por la que todo quedó en nada, y al siguiente día el Rey ratificó su plena confianza á Canalejas, sin que hubiera lugar al nuevo juramento de los ministros por no haberles sido aceptadas las dimisiones.

Otro golpe faltaba aún. La víspera del santo del Rey, ya después de abiertas las Cortes y planteados en ellas los debates, se le ocurre á Maura ir á Palacio y permanecer siete cuartos de hora en la regia cámara.

Los periodistas que hacen diariamente su información en Palacio no cesaban de mirar el reloj durante los citados siete cuartos de hora, y las cábalas que hicieron fueron tantas y tales, que por todo Madrid circularon y extendieron el rumor fatal de la crisis definitiva, rumor alentado no poco por unos cuantos poco serios concurrentes asiduos al salón de conferencias de la Cámara popular.

La noticia, que dió que hablar mucho, fué desmentida al día siguiente. Y continuaron las sesiones de Cortes, en las que Canalejas ha llevado el peso del debate, logrando un triunfo personal con el asunto de los suplicatorios, que originó la votación del lunes 29. La victoria fué coronada por los laureles del número, los más preciados y significativos.

El presidente del Consejo de ministros tenía descontado ya anticipadamente este premio, y habíaselo apuntado con su gesto digno de un gladiador. Su entendimiento perspicaz había escrutado en el porvenir con clarividencia de lince. No quiso un voto de confianza: le bastó con que 218 diputados se mostrasen unánimes alrededor del banco azul. Así lo ha dicho y reconocido la prensa de toda España.

Solamente las cornejas y brujas del salón de conferencias lo achacarán todavía á cuestión de suerte. Que para ellas es, sin duda, cuestión de desgracia.

Extranjera

La obra del Instituto Rockefeller de investigación médica

En sus diez años de existencia, la institución fundada y sostenida por el multimillonario norteamericano Rockefeller para la investigación de los problemas médicos ha realizado una labor de utilidad y de transcendencia considerables.

Cuarenta investigadores se consagran actualmente al estudio de las causas y del tratamiento de las enfermedades en aquella colmena científica, en la que el espíritu de disciplina, el rigor de los métodos y el esfuerzo colectivo de tantas actividades é inteligencias encuentran su mejor auxilio en los recursos suministrados por una bien entendida generosidad; allí se agrupan biólogos, químicos, fisiólogos, médicos y cirujanos de diversos países, como para demostrar que las concepciones originales y los descubrimientos científicos no son patrimonio de ningún pueblo, sino función de disciplina, de laboriosidad, de espíritu de asociación... y de dinero.

* * *

En un sitio pintoresco de Nueva York, á orillas del East (calle 66 y avenida A), se levanta el Instituto fundado en 1901 por John D. Rockefeller *for the purpose of promoting original research into the causes and treatment of diseases*. Consta de tres edificios: dos mayores, uno destinado á laboratorios y otro á hospital, y entre éstos, uno más pequeño en que se aíslan enfermos contagiosos. Cuando visitamos el Instituto, en el primero había unos cuarenta enfermos; en el segundo todos los enfermos eran niños con poliomielitis aguda.

Dirige el Instituto, y además el departamento de bacteriología, el profesor Flexner; el departamento de química se halla bajo la dirección de Levene; el Dr. Loeb dirige el laboratorio de biología; Auer, el de fisiología; Carrel, el de cirugía experimental.

Al profesor Flexner se le debe el suero de su nombre, tan eficaz contra la meningitis cerebroespinal epidémica. Inmunizando caballos por inyecciones subcutáneas, después intravenosas, de cultivos del meningococo de Weichselbaum á dosis crecientes, obtuvo Flexner la medicación específica de la enfermedad.

Las experiencias de Flexner y de Lewis sobre la poliomielitis aguda, transmitiendo en serie la enfermedad en el mono é inoculándola á otras especies animales, hacen concebir la esperanza del descubrimiento de su sueroterapia específica; aunque el mismo Flexner hace constar que el tratamiento por el suero de la parálisis espinal infantil no debe ser considerado en la actualidad

sino en el período «estrictamente experimental», y que no puede siquiera predecirse si al fin se obtendrá el suero específico de la poliomielititis.

El profesor japonés Hideyo-Noguchi ha cultivado en este mismo laboratorio del Rockefeller el *Treponema pallidum*. Es el primer investigador que ha obtenido lesiones específicas (orquitis sífilítica en conejos) por la inyección de cultivos puros de *Treponema*, y que ha dado, por tanto, á este microorganismo la sanción experimental que le faltaba para ser considerado como agente causal de la sífilis. Es un paso de avance considerable, no solamente para el diagnóstico de la enfermedad por los distintos procederes de suerodiagnóstico, sino también hacia la inmunización de los animales contra la sífilis y hacia su probable sueroterapia, más racional y científica que la *Terapia sterilisans magna* de Ehrlich, que no ha pasado de ser clínicamente sino una concepción teórica.

El Dr. Carrel, francés, en su laboratorio de cirugía experimental, ha estudiado la vida latente de los órganos y tejidos, la persistencia de su vida y desarrollo fuera del organismo; los ha cultivado, trasplantado, injertado...

Estas experiencias abren á la cirugía del porvenir horizontes tan inmensos, que la convertirán en un arte mágico.

*
* * *

En septiembre de 1910 Carrel logró cultivar *in vitro* tejidos de mamíferos adultos. Como el mismo Carrel lo hace notar, fué precedido en sus investigaciones por Harrison, que en 1907 demostró en el laboratorio de anatomía de la John Hopkins University, de Baltimore, que el sistema nervioso central de un embrión de rana colocado en una gota de linfa coagulable se desarrolla y produce largas fibras nerviosas, y por Burrows, que con el mismo Harrison logró cultivar embriones de pollo.

Carrel ha cultivado artificialmente, fuera del organismo, fragmentos de bazo, de ovarios, de tiroides, de tejidos de tumores malignos.

Las experiencias de este laboratorio han demostrado también á Carrel y á Burrows que la vida de los tejidos fuera del organismo, variable de cinco á veinte días, puede ser prolongada por cultivos secundarios y aun terciarios, pudiendo obtenerse una segunda generación de células tiroideas, esplénicas, sarcomatosas, carcinomatosas, de las células primitivas desarrolladas *in vitro*.

¡Cuántos problemas de fisiología normal y patológica han de ser esclarecidos por estas experiencias de cultivo!

Hasta el presente, Carrel ha ensayado solamente su aplicación á la investigación del mecanismo de las leyes de la reparación orgánica, y al estudio de los tumores malignos, experimentales ó espontáneos, que nos hacen vislumbrar su posible tratamiento.

En el laboratorio del Rockefeller se ha obtenido la cicatrización de una herida en fragmentos de piel cultivados artificialmente en una gota de plasma.

Como Carrel expone, si los cirujanos llegásemos á conocer el mecanismo íntimo por el cual realiza la Naturaleza el proceso cicatricial, activaríamos la

reparación de las heridas, obteniendo quizás en horas la curación de una herida, ó en pocos días la consolidación de una fractura.

Este es el *desiderátum* que el ingenioso investigador se propone conseguir.

Desde el punto de vista quirúrgico, ya Carrel, en 1907 y 1908, antes de pertenecer al Instituto Rockefeller, había demostrado prácticamente que la técnica de la trasplatación de los órganos era bastante perfecta para dar resultados durables. Extirpó el riñón izquierdo de un perro, lo sumergió en un bocal con solución de Locke, y lo reimplantó en el mismo animal después de haber permanecido en el frasco cincuenta minutos. Quince días más tarde resecó el riñón derecho, y el animal, un año después de la operación, vivía perfectamente.

La pata izquierda de un perro negro muerto treinta minutos antes de la operación fué suturada al muñón de la pata de una perra blanca, amputada circularmente. La operación comprendió la sutura metálica de los huesos, la sutura de los músculos, arterias, venas, nervios y cutánea. El animal murió nueve días después, por complicaciones sépticas; pero la circulación era perfecta, y el miembro trasplantado, en condiciones excelentes.

Conocíamos también desde 1910 los trabajos de Carrel sobre la trasplatación de venas sobre arterias, publicados en la *Revue de Chirurgie* (junio 10 de 1910, pág. 987). Carrel, apoyándose en los resultados de las experiencias que había hecho en Lyon con Morel y en Chicago con Guthrie, había propuesto la trasplatación de segmentos venosos en el tratamiento de los aneurismas y de ciertas lesiones traumáticas de las arterias. Sus experiencias le habían demostrado que las anastomosis arteriovenosas pueden quedar permeables, y que cuando se trasplanta una vena sobre una arteria, no solamente no se deja distender por la sangre arterial, sino que, reaccionando contra el aumento de presión sanguínea, se engruesa su pared.

En este trabajo de la *Revue de Chirurgie* Carrel describe su técnica de las anastomosis arteriovenosas, más fáciles en el hombre que en el perro, insistiendo sobre la necesidad absoluta de la asepsia más estricta, para obtener cicatrices vasculares muy delgadas é impedir el engrosamiento de las paredes, la trombosis de los vasos suturados.

Con esta técnica, y con sus experiencias sobre la vida latente de los tejidos y su conservación fuera del organismo, que hemos citado anteriormente, Carrel ha obtenido en el Rockefeller injertos y trasplantaciones vasculares verdaderamente asombrosos.

En su monografía sobre la «Latent Life of Arteries», que aparece en el último volumen—que acababa de publicarse cuando nuestra visita—de los *Studies from the Rockefeller Institute for Medical Research*, Carrel refiere que ha obtenido hasta un 75 y 80 por 100 de éxitos en sus trasplantaciones vasculares, realizadas con vasos artificialmente conservados en vaselina esterilizada y guardados en neveras á cero grados. Aún viven en el Rockefeller dos perritas operadas hace años, y que tienen una su aorta torácica y otra su aorta ab-

dominal reemplazadas por la vena cava, conservada en nevera, y pertenecientes á otros perros.

* * *

Como se ve, ni la aorta torácica, que parecía intangible para el cirujano, ha resistido á estas pruebas experimentales.

Para evitar el gran peligro de las intervenciones torácicas, la entrada brusca de aire en las pleuras, y que le permitió á Carrel sus admirables operaciones, acudió en su ayuda otro colega del Rockefeller, Meltzer, con su procedimiento de la ventilación pulmonar, de la insuflación intratraqueal, que permite operar en el tórax sin temor á la abertura de las pleuras y aunque se abra ampliamente el tórax, y el diafragma y las costillas no puedan actuar sobre los pulmones.

Con un tubo de dimensiones suficientes, según el animal, que penetre hasta la bifurcación de la tráquea; con aire filtrado é insuflado de una manera continua, y á la presión de ocho á doce milímetros de mercurio, Meltzer ha hecho vivir perros curarizados durante más de cuatro horas. Con este método de insuflación intratraqueal, aunque los movimientos respiratorios se detengan, se puede actuar, no sólo sobre la aorta torácica, sino también sobre el corazón, sobre el esófago torácico, sobre la vena cava superior.

Así Carrel ha realizado la resección de un lóbulo pulmonar, la extirpación de un segmento esofágico, la disección del mediastino, con abertura de las dos pleuras y del pericardio, la resección de la vena cava superior, seguida de su sustitución por un trozo de yugular... Todos los animales curaron perfectamente, menos uno, que murió de pleuresía algunos días después de la operación.

La gran dificultad para las operaciones sobre la aorta estriba además en que la circulación no puede interrumpirse largo tiempo sin que sobrevenga la parálisis del cerebro, si se opera sobre la aorta ascendente, ó la paraplejia, si se actúa sobre la aorta abdominal. Carrel ha encontrado una técnica que le permite realizar operaciones plásticas sobre los grandes vasos sin interrumpir la circulación.

En sus operaciones sobre la aorta torácica, Carrel aísla la arteria introduciendo un segmento de vena en el ventrículo izquierdo, cerca del vértice, y anastomosando el otro extremo á la aorta abdominal; después aplica un *clamp* sobre la aorta torácica, inmediatamente por encima de las válvulas aórticas. Para la aorta descendente practica el entubamiento temporal del vaso con un tubo de parafina ó de vidrio, mantenido con ligaduras de caucho hasta que la resección se termina. Una vez que la circulación se restablece, se suprime el tubo.

Si en el porvenir estas experiencias quirúrgicas se realizaran en el hombre, el tratamiento de los aneurismas aórticos, de las aortitis, sería quirúrgico, sustituyéndose la aorta enferma por otro vaso sano. Se suprimirían con la

cureta las vegetaciones de las válvulas cardíacas, se dilatarían las estrecheces óricas, se anastomosarían las coronarias...

He ahí, en resumen, la obra de una institución que goza actualmente en el mundo científico de boga tan grande como merecida.

Al redactar estas notas médicas de un viaje reciente no he tenido más propósito que el de divulgar entre nosotros tan nobles labores, que dejan en el ánimo un sentimiento de admiración.

Dr. J. A. Presno Bastiony.

Un manifiesto del rey del libro

En los Estados Unidos del Norte, donde los multimillonarios yanquis se disputan la mayor originalidad, se dan casos verdaderamente curiosos en el género de los coleccionistas. Los de antigüedades, cuadros, monedas, sellos, cartas, postales y autógrafos pueden calificarse de vulgares, aun cuando sus colecciones sean verdaderamente primorosas y ricas.

El mejor parque zoológico del mundo es propiedad de un millonario yanqui: Mr. Rutter. La colección comienza por un museo donde Mr. Rutter ha logrado reunir, á costa de grandes sumas de oro, magníficos ejemplares de especies agotadas, antediluvianas algunas de ellas. De las especies conocidas, difícil será citar una que no se halle dignamente representada en el grandioso parque con sus correspondientes macho y hembra, bien aclimatados, alimentados y lustrosos.

Otro de los grandes coleccionistas es Mr. Zutts, que posee un valioso museo, único, donde se contiene la historia del traje más completa posible. Es incalculable el valor de esta colección de trajes de todas clases, desde los más antiguos hasta los más modernos, presentados todos en preciosos maniqués articulados y giratorios.

Pero sería larga la relación que pudiéramos hacer de las colecciones yanquis portentosas. Ellas enriquecerán aquel inmenso país hasta convertirlo en arca de los más preciados tesoros del mundo.

Hoy me propongo hablar solamente de Mr. James Carleton Young, cuyo ilustre nombre es muy digno de figurar junto á los de Jay Gould, rey del oro; Andrew Carnegie, rey del hierro; John Davison Rockefeller, rey del petróleo, y Mr. Vanderbilt, rey de los ferrocarriles.

Mister James Carleton Young es el rey del libro. Posee en Minneápolis una de las bibliotecas más importantes del mundo, no sólo por el número de volúmenes, sino por la circunstancia de llevar cada uno de ellos una página autógrafa de su autor, en la que éste condensa ó sintetiza lo que de su obra considera más interesante ú original. El coleccionista paga con largueza, encima del precio del libro, esta molestia que proporciona á los autores.

La oficina que tiene montada en su país para la selección de obras, el pedido y la correspondencia está espléndidamente dotada de material y de personal. Componen éste profesores y literatos de todos los países, y la correspondencia se lleva en todos los idiomas del mundo.

Además, Mr. James Carleton Young viaja constantemente y se relaciona con los escritores y libreros de todas partes.

No hace dos años aún que en su viaje de vuelta al mundo, que hizo acompañado de su señora, estuvo en Madrid, donde trató á Menéndez Pelayo, Cajal, Galdós, Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Picón y algunos más, entre los cuales me cabe el honor de poder contarme.

Actualmente se encuentra en París completando su colección de obras alemanas, francesas é italianas, y nos anuncia para muy pronto su llegada á España, donde se propone hacer una gran adquisición de libros contemporáneos.

Lo dice en un interesante manifiesto que me envía con el ruego de hacerlo llegar «A los amantes de la literatura», y del que muy gustoso reproduciré á continuación algunos párrafos:

«En mis mocedades viajé frecuentemente por Europa, con el fin de estudiarla, y una vez hice á pie con un compañero una larga peregrinación por distintos países que terminó en Atenas, donde descansé unas semanas. Una hermosa tarde de junio, mientras me deleitaba contemplando la Acrópolis, tuve la inspiración que más tarde dió por resultado la formación de mi biblioteca.

»Visité la Congressional Library, de Wáshington; la Nacional Library, de Inglaterra, y la Biblioteca de Francia, además de otras Bibliotecas famosas, y lo que vi en ellas me convenció de que se había prestado muy poca atención á coleccionar lo más selecto de la literatura, sino que más bien se preocuparon de reunir el mayor número de volúmenes. Entonces se me ocurrió que la reunión bajo un solo techo de los valiosos ejemplares de un arte dado era la única manera de glorificarlo dignamente.

»Estas meditaciones me llevaron á pensar en ese arte—el más glorioso de todos—que se llama literatura, y tomé en aquel instante la resolución de consagrar mi vida á la formación de una biblioteca que reuniese las obras maestras de ese género.

»Mi concepción de biblioteca ideal era una que abarcara toda la labor de esta clase que existe en el mundo, y cuyos volúmenes serían escogidos exclusivamente por su mérito literario. Aunque no se pudiese formar de una manera perfecta, se podría, sin embargo, lograr mucho dando principio á la obra. Empresa tal sería tarea de toda la vida para un individuo, costaría una fortuna colosal, y un siglo apenas bastaría para llevarla á cabo. Requeriría además la cooperación de muchos sabios, políglotas y literatos profundos en comisión. Pero sería grande el triunfo de reunir en un solo edificio las mejores producciones literarias de los escritores contemporáneos de todo el mundo en los varios idiomas en sus ediciones originales, y, si ello fuese posible, duplicar con traducciones al inglés todos los libros escritos en otras lenguas.

»En esta concepción mía cada volumen es único en su clase, pues antes de ser catalogado debe pasar por las manos de su autor para que éste inserte en él su dedicatoria autógrafa.

»El autor queda en libertad de escribir en su dedicatoria lo que más le plaz-



Mr. James Carleton Young, el rey del libro.

ca: nada más natural y aceptable que el dramaturgo explique en ella cómo concibió el argumento de su obra, que el novelista hable de los principales personajes de su novela, que el poeta señale su poema original ó favorito, que el historiador exprese algún concepto relacionado con la historia que escribe, que el biógrafo trate de la vida del personaje que ha escogido, que el teólogo

enuncie algún principio de la religión por la que aboga, y que el filósofo y el hombre de ciencia versen acerca de los hechos ó teorías que consideran capitales. La adición á esta dedicatoria de algún bosquejo ó retazo por su autor será profundamente agradecida.

»El franqueo por la remesa y la devolución de obras remitidas al autor para su dedicatoria será siempre por mi cuenta. A este fin se adjuntará á cada volumen la envoltura para su retorno, con mis señas y los sellos de correos necesarios, ahorrándole así al autor todo trabajo posible y el más mínimo gasto.

»Si el autor cuyas obras se hayan escogido tuviera la amabilidad de mandarme una lista de sus escritos, con las fechas en que se dieron á luz por primera vez y el precio de cada uno, incluido su franqueo, le remitiré inmediatamente un giro en pago de los tomos que se deseen.

»Muchos escritores no sólo me han obsequiado generosamente con libros dedicados, sino que también han enriquecido mi biblioteca con los manuscritos originales de sus obras, los que ocuparán en los estantes sitio preferente, dentro del que corresponda á su género y clase.

»Si esta obra se prosigue de la misma manera que se ha venido haciendo en estos diez y ocho años pasados, no será posible reunir biblioteca alguna que la rivalice, y forzosamente habrá de ser única.

»Del trabajo extraordinario que ha costado la formación de esta biblioteca, y del vasto número de detalles que comprende, pocas son, en verdad, las personas que se darán exacta cuenta.

»Tengo en mi poder cartas de los mejores literatos contemporáneos que han asistido á la formación de esta biblioteca, y en todas ellas me expresan su aprobación incondicional.

»Si alguno tuviera en su poder un manuscrito original y firmado de *Los apóstoles* ó cualquiera de los dramas de Shakespeare impreso durante su vida, y en cuyas páginas el ilustre bardo hubiera consignado los móviles que le impulsaron á escribirlo, y la manera cómo recogiera los datos para él, etc., firmandolo «William Shakespeare», ¿quién podría decir que semejante dedicatoria no avaloraba en nada la producción, y que los tales dramas y manuscritos no tenían un valor singularísimo?

»Las objeciones á mi obra que sean sugeridas por la sana crítica, serán por mí estimadas en todo su valor y agradecidas muy cumplidamente.»

Esto dice, entre otras cosas, en su manifiesto el rey del libro, y á ello no pueden menos de responder favorablemente los elementos más valiosos de nuestra intelectualidad.

De esperar es que Mr. James Carleton Young sea recibido en España como corresponde á su persona y á su obra.

Creemos poder envanecernos de que no será menguada la lista de libros notables que pueda formar bajo los nombres ilustres de nuestros numerosos escritores contemporáneos de positivo mérito.

Mariano Miguel de Val.

Financiera

Los retiros obreros en Francia

El Ministerio del Trabajo de Francia ha dado á conocer los resultados de la aplicación de la ley de Retiros obreros.

El total de asegurados, que era de 5.876 695 en 1.º de julio, y de 6.477.820 en 1.º de octubre, se ha elevado á 7 072.898 en 1.º de enero.

Los asegurados que firmaron su correspondiente boletín eran 1.767.282 en 1.º de julio, 2.136.140 en 1.º de octubre, y 2.562.714 en 1.º del actual.

Los asegurados voluntarios, que eran 243.065 en 1.º de julio, llegaron en 1.º de octubre á 288.879, y ahora son 359.372.

En resumen, el aumento de asegurados es, con relación á octubre, de 595.078. De ellos, 426.574 para los que han firmado el boletín, 98.011 para los inscritos de oficio, y 70.493 asegurados facultativos.

El algodón en 1911

La estadística inglesa registra en 1911 una exportación de 6.653 millones de yardas de tejidos de algodón, por 6.298 millones en el año precedente, que había sido el de mayor exportación conocida.

Más del 40 por 100 se envió á las Indias, y á China fueron 647 1/2 millones de yardas, por 471 en 1910.

Para Alemania se expidió un 25 por 100 de lo exportado en 1911.

El Giro postal en Alemania

El movimiento del Giro postal en Alemania durante el año de 1911 se ha elevado en total á 25.117 millones de marcos, por 18.452 en 1910 y por 9.820 millones de marcos en 1909, primer año de la reforma.

La Hacienda de Noruega

El proyecto de presupuestos para 1912-13 enviado al Consejo de Estado de Noruega aparece en equilibrio, con un total de gastos é ingresos de coronas 120.100.000.

El presupuesto extraordinario dedica 6.250.000 coronas á la mejora de la red de ferrocarriles y 16.500.000 á la defensa nacional, de los que seis millones se toman de las disponibilidades del Tesoro y 10 $\frac{1}{2}$ millones, en caso de insuficiencia, de los recursos del presupuesto, á realizar por un empréstito que será emitido el año próximo.

El de 1911-12 cerrará probablemente con sobrante. El del anterior ejercicio fué de seis millones y medio de coronas.

Bibliográfica

La razón cantada,
poesías de D. José Pons Samper.

El mejor elogio que podemos hacer de este hermoso libro es la reproducción íntegra del magnífico prólogo, debido á uno de nuestros más queridos y admirados colaboradores: el ilustre académico de la Historia y catedrático de la Central D. Adolfo Bonilla y San Martín:

«Cuando el autor de un libro solicita de alguien, más ó menos conocido en la república de las letras, que prologue su obra, puédenle guiar, entre otros, estos dos nobilísimos fines: primero, el plausible deseo de ser presentado al círculo literario por persona cuya autoridad abone la suya y haga fijar la atención culta en los méritos del libro; segundo, el no menos laudable fin de que el prologuista exponga al público lo que la obra es y contiene con imparcialidad más serena de la que el susodicho público podría esperar del autor mismo.

«Firmemente creo yo que no es el primero de esos dos motivos el que ha impulsado al Sr. Pons Samper á pedirme estas líneas; porque ni él necesita presentaciones después de haber luchado por derecho propio y con aplauso ajeno en la palestra literaria, ni en ningún caso sería yo el llamado á presentarle. Todo ello me persuade de que es el segundo de los propósitos mencionados el que desea cumplir ahora el Sr. Pons Samper; y entendiéndolo así, voy á decir en breves términos lo que de sus sonetos y poemas pienso.

«El verdadero objeto de la poesía—dijo

Hegel en su obra más fundamental y duradera, la *Estética*—no es el sol, las montañas, las selvas, los paisajes, ni la forma humana por su lado material, como la sangre, los nervios, los músculos, etc., sino más bien los intereses del espíritu... El objeto verdadero de la poesía es el imperio infinito del espíritu. Bajo este respecto, es principalmente á la poesía á quien pertenece la función de revelar á la conciencia las energías de la vida espiritual, y en general las pasiones que se agitan en el fondo del alma, y los afectos del corazón humano, ó los pensamientos que se suceden de un modo más tranquilo en la inteligencia del hombre; en una palabra: el dominio entero de las ideas, de los actos, de los destinos humanos; el curso de las cosas de este mundo y el gobierno divino del Universo. Pero lo general, lo racional en la poesía—añade—no aparecen bajo su forma abstracta, en su encadenamiento filosóficamente demostrado en el enlace lógico de sus elementos, sino vivificando, animando y gobernando el conjunto. Y así—concluye—la poesía tiene un carácter puramente contemplativo; no son la cosa en sí misma y su existencia práctica, sino la imagen y el discurso, los que constituyen la finalidad poética.»

«He citado esas palabras, no sólo porque encierran verdades, sino porque tienen aplicación especial al caso presente, para explicar el temperamento poético que yo creo advertir en el Sr. Pons Samper. No sin misterio rotula éste su libro: *La razón cantada*; porque su poesía no es descriptiva ni colo-

rista, al modo que ahora suelen entenderse estas palabras, sino que aspira á algo de más meollo y substancia: á la reproducción, bajo *fermosa cobertura*, de verdades de alta transcendencia moral. Sus versos no son composiciones de un soñador, ni deliquios de un místico, ni fantaseos de una imaginación brillante y fastuosa, sino pensamientos claros y precisos, expuestos en forma elegante y en castizo lenguaje. Estas cualidades no empecen al valor estrictamente poético de su obra, porque realizan al mismo tiempo aquella condición de unidad vivificadora y contemplativa á que se refiere Hegel en los párrafos transcritos, y deleitan á la vez que conmueven y enseñan.

»Quizás en virtud de tales caracteres es la forma del soneto la que mejor se adapta á la inspiración poética del autor. La principal dificultad de aquel género de composiciones estriba, no en su corta extensión, ni en las estrechas reglas métricas á que el uso y el buen gusto literario le han sometido, sino en la necesidad de condensar en determinado número de versos un pensamiento *completo y armónico*. Esto lo ha comprendido tan acertadamente el Sr. Pons Samper, y se lo ha asimilado de un modo tan íntimo y profundo, que el más lerdó puede observar el singular mérito de sus sonetos y la extraordinaria facilidad que demuestra para esta clase de composiciones. No digo yo que los 74 sonetos de la primera parte sean cada uno de por sí una obra inmejorable, porque afirmar esto sería muy aventurado, aun tratándose de un especialista en el arte como Heredia. Lo que sí afirmo es que los hay notabilísimos (véanse, por ejemplo, *Pendientes opuestas*, *Los portentos del lenguaje*, *Hágase tu voluntad*, *Los esclavos del dolor* y *El infame*), y que en todos ellos suele resplandecer la corrección formal y la alteza de la idea. Así acontece con el siguiente, que reproduzco para dar al lector un *anticipo* de lo que luego podrá disfrutar á su sabor:

Si quieres conocerle por guardarte,
y averiguar su nombre por hurtirte,
el modo te diré de conducirte
para que nunca puedas engañarte.

En la vida con él has de encontrarte,
y es seguro que de él has de servirte;
no temas de ordinario confundirte,
que siempre le hallarás en cualquier parte.

Y si quieres ahondar, yo te respondo
que lograrás muy presto la evidencia;
no vaciles por alto ni por hondo,
marcha, ya llegarás á su presencia;
ábrete el pecho, y mira allá en su fondo
al *infame* colgado en tu conciencia.

»A los sonetos, que constituyen la sección más extensa de este volumen, sigue un *romancero patriótico*, titulado *La madre España* y dividido en cinco números, donde el poeta finge que la patria se dirige sucesivamente, exponiendo sus cuitas y formulando advertencias, al Rey, á los españoles, á las demás naciones y á Dios, concluyendo el poema con la respuesta de Dios á España. El tono de cálido y nobilísimo patriotismo que á estos romances anima hace extraordinariamente simpática su lectura, sobre todo en los actuales tiempos, en que España, por boca del poeta, puede con pruebas decir:

Existen seres que tienen
sangre española en sus venas
que me han escupido al rostro
como madre y como reina.

»España es quizás, de todos los pueblos cultos, aquel en que más se necesita *hacer patria*, porque, entre tirios y troyanos, parece que todos se empeñaron en deshacerla: los unos, renegando de lo nacional y poniendo ciega adoración en lo extranjero (sólo por el hecho de serlo); los otros (menos, por desgracia), loando sin tino todo lo de la tierra, sin velar primero por sacar á luz sus verdaderas grandezas, y muchas veces desconociéndolas. De los dos extremos, yo me resolvería sin vacilar por el segundo; pero creo que entre ambos cabe un justísimo medio, merced al cual podemos abrir de nuevo sin miedo al sepulcro del Cid, y creer que aún seremos, como indiscutiblemente hemos sido, *muy útiles* en este mundo.

»Las palabras del Sr. Pons Samper, alentadoras y enérgicas, pronunciadas en el clásico y castizo metro del romance, van encaminadas á levantar nuestro ánimo y á dirigir su rumbo por altas esferas. Cree, con razón, que los Poderes públicos pueden hacer bastante en tal sentido, y de ahí la dedicatoria de su romancero, que, sin duda, será apreciado con arreglo al austero y noble fin que su autor se propuso al escribirle.

»El poema que después de *La madre Española* va merece también especial atención.

»No afirmaré yo que *Hemos nacido pronto*, á pesar del subtítulo, tenga las pretensiones de un sistema filosófico; ni eso sería verdad, ni, aunque lo fuese, serviría para acrecentar su mérito; porque nunca he creído que la poesía sea la forma propia de exposición de doctrinas científicas. La Verdad es un concepto, y la Belleza otro; y cada uno de ellos tiene, ó debe tener, su adecuada forma, sin que esto obste para la interna relación que entre ambos debe siempre existir.

»Tampoco diré que las ideas que en *Hemos nacido pronto* se vierten hayan permanecido absolutamente ignoradas hasta que al autor se le ocurrió expresarlas en verso.

»La novedad, en este sentido, es muy discutible, y de ello no me pesa. Como el gran Valera decía: «Si nosotros, los que escribimos, hiciéramos voto de no volver á tomar la pluma en la mano hasta que se nos ocurriese algo nuevo, verdaderamente nuevo, que escribir, nos pasaríamos la vida en perpetua holganza; una multitud de industrias, como la del impresor, del fabricante de papel, del encuadernador y del librero, vendría á arruinarse, produciendo cierta perturbación económica en el mundo, hasta que los hombres que á esas cosas se dedican hallasen otro modo de ganar el sustento cotidiano.»

»Pero la novedad en poesía debe entenderse al revés de como se considera en la vida ordinaria. Cuanto más acierta el poeta á descubrir lo que está en la mente *de todos*, y con más belleza lo expresa, mayor es su personalidad artística, y más universales, humanas y duraderas obras produce; porque la poesía no es otra cosa que el vaso donde cristaliza y adquiere forma nueva la materia común de la vida. En este concepto, yo creo que el Sr. Pons Samper ha logrado concretar en estéticos límites una impresión que muchos tienen, aunque pocos la determinen con la exactitud que él, y bastantes sufran por ella, quizás sin darse cuenta de la causa que origina su dolor.

»Digo *dolor*, porque penoso es el efecto que *Hemos nacido pronto* produce, por lo que respecta al juicio (no enteramente infundado) que al autor le merece la generación presente:

Todo es ficción innoble, farsa todo. Después de una función empieza otra; tragedia ó entremés, cunde la farsa hasta que pare de rodar el mundo, que es el secreto director de escena...

»Y aún extrema el autor su parecer cuando escribe:

... ¿quién se atreve
á ejecutar el denigrante fallo,
si quizás no haya juez que se resista
al lucro, á la amenaza ó al soborno?
¡Todos somos injustos y procaces!
¡Todos en la conciencia somos reos!

»Quiere esto decir que el autor de *Hemos nacido pronto* tiene un concepto pesimista de la vida, como romántico que indudablemente es. Pero este su romanticismo no es exótico ni trasnochado, sino de castiza cepa española, é implica una visión directa y personal de la realidad. Ni aquel criterio pesimista le impide reconocer la mezcla de grandezas y miserias que en el mundo se encuentra, y que muestra la lucha vital para consuelo y *ataraxia* del escéptico:

¡Qué lástima es morir cuando la vida,
á pesar de la tórpida amargura
que fluye de ella en natural fermento,
ofrece esos espantos y atracciones,
esas manchas de sombra en el abismo,
esas frondas de luz en el espacio,

.....
esas batallas de odios y de envidias,
esas justas de amores y ferezas,
esas bajas traiciones y heroísmos,
ese rudo subir á empuje lento,
y ese caer de golpe allá en la tumba!

»También es un lenitivo pensar que si el hombre y las naciones mueren y desaparecen, la Humanidad sigue impertérrita su marcha por el camino del progreso y de la armonía. Estoy muy lejos de afirmar que todo haya de verse de color de rosa; pero tampoco me cuento en el número de los que creen que nuestros antepasados fueron más sabios, más artistas, más morales ó más felices que nosotros. De nuestra superioridad científica no hay que hablar, porque es evidente, aunque el Sr. Pons Samper, empleando una licencia poética muy oportuna, la califique alguna vez de impía. En cuanto al Arte, para no tratar sino del literario, siempre diré que me parece mucho más grande el *Fausto* que la *Iliada*, y la *Celestina* que todas las comedias de Terencio. Por lo que á

la moral respecta, no se me diga que la sociedad de Horacio, de Marcial ó de Petronio era mejor que la nuestra, ó que había más puras costumbres y mayor libertad de espíritu en el público que oía las comedias de Tirso ó los entremeses de Quiñones que en el que escucha las obras de Benavente ó los sainetes de Ricardo de la Vega. Y en cuanto á la felicidad, veo que en todos los tiempos ha habido quienes han gozado de la vida y quienes han renegado de ella, no faltando algunos que han soñado, allá en la época de la invasión de los bárbaros, ó en el año 1000, ó en los momentos de la Revolución francesa, que todo se iba á desquiciar sin remedio, y que el mundo caminaba rápida y derechamente hacia su ruina, sin que ello impidiese la sucesión de los días y las noches, el restablecimiento del orden, y el lento pero seguro paso de los hombres hacia un porvenir más halagüeño.

»El Sr. Pons Samper describe con galana y enérgica frase todas sus impresiones, y expone sus ideas con la claridad y brillantez que le han distinguido en otras obras suyas. No es un poeta de *suspirillos* ni de *pequeñeces*, como muchos que yo conozco. Ama lo grande y lo varonil, y este amor se traduce en estrofas vibrantes, llenas de fogoso y arrebatador brío. Podrá un Aristarco notar en ellas deficiencias de estilo; pero no será capaz de negarles la inspiración poética que da sangre y calor á la rima. El Sr. Pons Samper no es meramente un poeta afectivo; es, antes que eso (si se me permite la frase), un poeta *cerebral*, que no escribe sólo para revelar sensaciones, sino para esparcir ideas, y en esto, como dije al principio, me parece consistir su nota más característica y saliente. El presencia el combate de la vida, se hace cargo de sus tristezas y de sus entusiasmos, de sus bellezas y de sus horrores, y entiende que esa lucha tendrá un fin, que no será la victoria de ninguno de los contendientes:

... á través del tiempo y del espacio,
donde giran los mundos cual burbujas
que por ley natural han de romperse,
la Humanidad muriendo al estallido,
los pueblos, las naciones y las patrias
también se han de romper...

Mas antes quizás triunfe la anarquía.
Ni gobierno de arriba, ni de abajo,
que todos son inicuos y absorbentes.

Las voluntades libres proveyendo
sus leyes redentoras ó penales,
y la misma igualdad que hay bajo tierra,
cuando se hunden los hombres en la fosa,
se ha de ver por encima, mientras vibre
un latido en el fondo de los pechos
ó un hálito en los pliegues de las almas.

»Tal es la visión casi apocalíptica del poeta, visión que muchos persiguen como ideal conscientemente buscado, y que para el autor de *Hemos nacido pronto* tiene todos los caracteres de un hecho natural y, por consiguiente, necesario. Mucho es atreverse á predecir; pero no es poco saber soñar lejanías de justicia y de amor, porque, como escribió otro poeta:

Ne la discordia cosí de gli uomini,
di fra i barbarici tumulti salgono
a Dio gli aneliti di solinghe anime
che in lui si ricongiungono (1).

»De *sueño* califico yo ese ideal, y estoy por decir que así le considera también el Sr. Pons Samper, á pesar de su entusiasmo de vate. Por eso creo ahora que el título de su poema debió ser escrito en forma interrogativa: *¿Hemos nacido pronto?* Sí, contesta el poeta; hemos nacido pronto para contemplar todos los adelantos de que la ciencia y la civilización son susceptibles; hemos nacido pronto, porque debimos nacer en una época en que el espectáculo de la vida no fuera tan miserable y odioso como ahora es, á pesar del progreso realizado. Pero *aunque hubiésemos nacido más tarde*, no sabríamos la solución de los fundamentales problemas de nuestro origen, de nuestra naturaleza y de nuestro destino, porque estas cuestiones pertenecen al mundo de lo Incognoscible:

Ojos cerrados al nacer traemos;
con los ojos cerrados nos morimos;
el tiempo para ver es rudo y breve;
la luz para mirar, aún más escasa.
¡Todo es misterio, inmensidad y sombra!
¡Ciegos vinimos, ciegos nos marchamos!
¡No hemos nacido pronto! ¡Siempre es tarde!

»Y he aquí, lector, la *idea* de este poema; poema serio, como el pensar del filósofo; poema oscuro, como la esencia de las cosas; poema bello y melancólico, como el crepúsculo de la tarde.

(1) Carducci: *In una chiesa gotica*.

»También es algo más que una mera fantasía poética el poema elegíaco que el señor Pons Samper llama *Á un cadáver*. La contemplación de la materia humana, que al indiferente nada dice y al egoísta inspira repulsión, sugiere al poeta décimas tan bien sentidas y de tan irreprochable factura como la siguiente:

Mano fría que escribiste,
boca cerrada que hablaste,
corazón que palpitaste,
cerebro que discurriste;
nada queda, nada existe
de aquello que fué el vivir;
todo vino á concluir
poco después de empezar.
¿Por qué, Dios mío, crear,
para luego destruir?

»En atmósfera muy distinta nos hace entrar el poema sentimental *Las dos glorias*, obra que parece de la juventud del poeta, y en la que éste retrata, en metro suave y ligero, las ternuras y delicadezas de una imaginación romancesca que finge princesas de áureos cabellos y azulados ojos, y gallardos trovadores de miradas de fuego y enamoradas endechas.

»En cambio, *El país natal* (publicado aparte en 1910 y ahora incluído en esta colección) es obra de recuerdos y desengaños, en la que su autor ha puesto todo su empeño, por lo mismo que sentía hondamente las escenas que trataba de pintar. El poeta vuelve á su patria,

tras rudo caminar y larga ausencia,

ganoso de recorrer los lugares que vió cuando niño, y sucesivamente visita la humilde

escuela y la vetusta iglesia, presencia los festejos populares, recuerda aventuras de la primera edad, dulzuras del hogar paterno, memorias tristes de extintos amores y sucesos á los que ha prestado el tiempo la melancólica apacibilidad de su pátina. Es obra de recogimiento y de dulzura, como aquella otra del malogrado Gabriel y Galán, á quien por más de un concepto recuerda.

»El *Himno al Trabajo* es digna y severa conclusión de estas poesías, y, en mi concepto, de lo mejor que contienen. Nada más noble, en verdad, que estos versos con que acaba:

Por el trabajo las naciones suben
á la alta cumbre de la ansiada gloria;
por el trabajo obtienen la victoria
los que en un ideal despiertos sueñan,
los que las armas de la ciencia esgrimen,
los que la luz de la verdad enseñan,
los que se sacrifican y redimen,
los que, tercios ó lúcidos, se empeñan
en derribar la resistente valla.
.....
¡Trabajo bienhechor, tú eres consuelo
para el ánimo triste y dolorido;
haces leve el pesar, menor el duelo,
y das nuevos encantos á la vida,
que, por tu hermoso timbre enaltecida,
ve mejor su bondad, más cerca el cielo!

»Así piensa y así escribe el Sr. Pons Samper, y, aunque se le tache de poeta *á la antigua*, él podrá contestar que prefiere, con Cervantes, Calderón y Rioja, decir *algo* en metros viejos, á sorprender con fuegos de artificio que se traduzcan en la consabida sentencia de: *verba et voces, praetereaque nihil*.

»**Adolfo Bonilla y San Martín** »